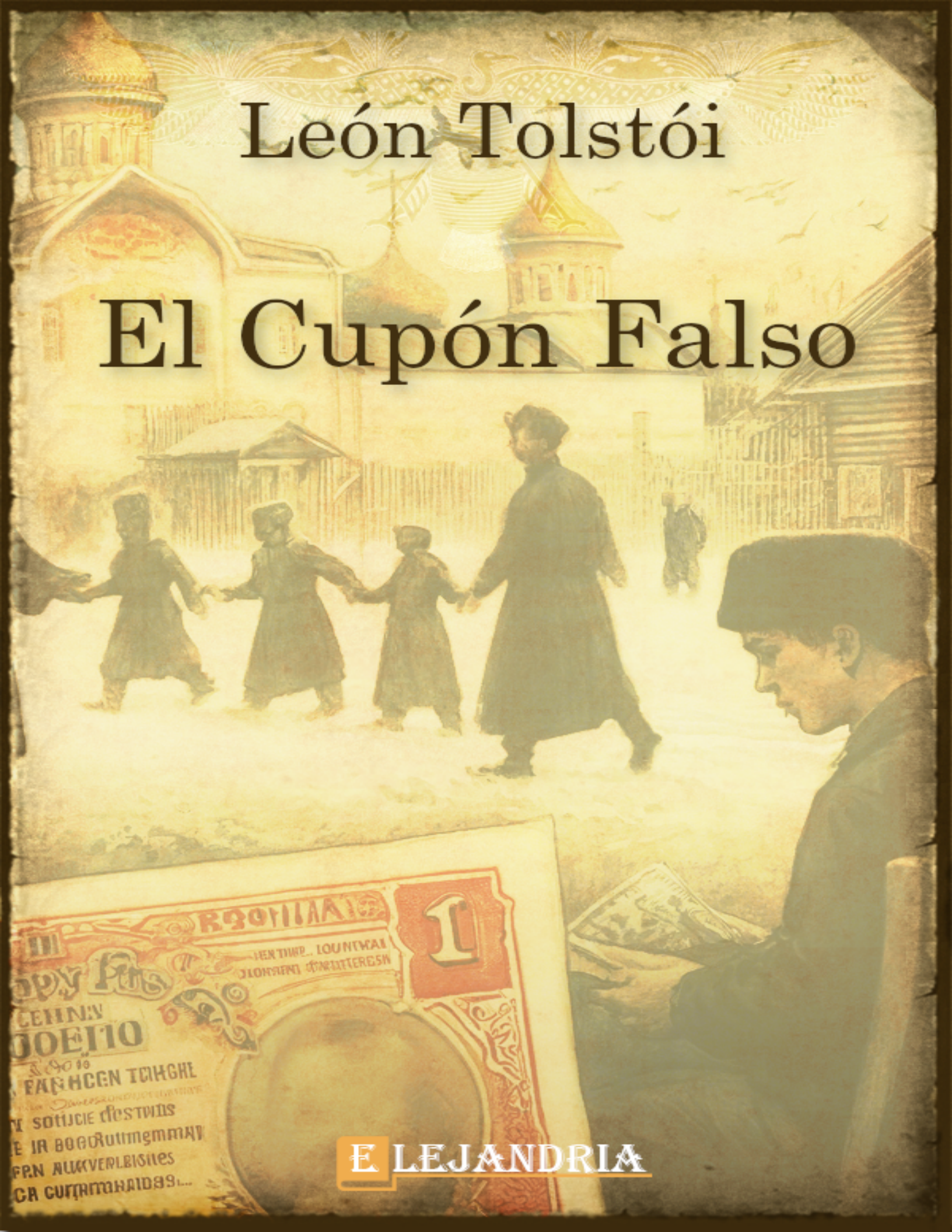


León Tolstói

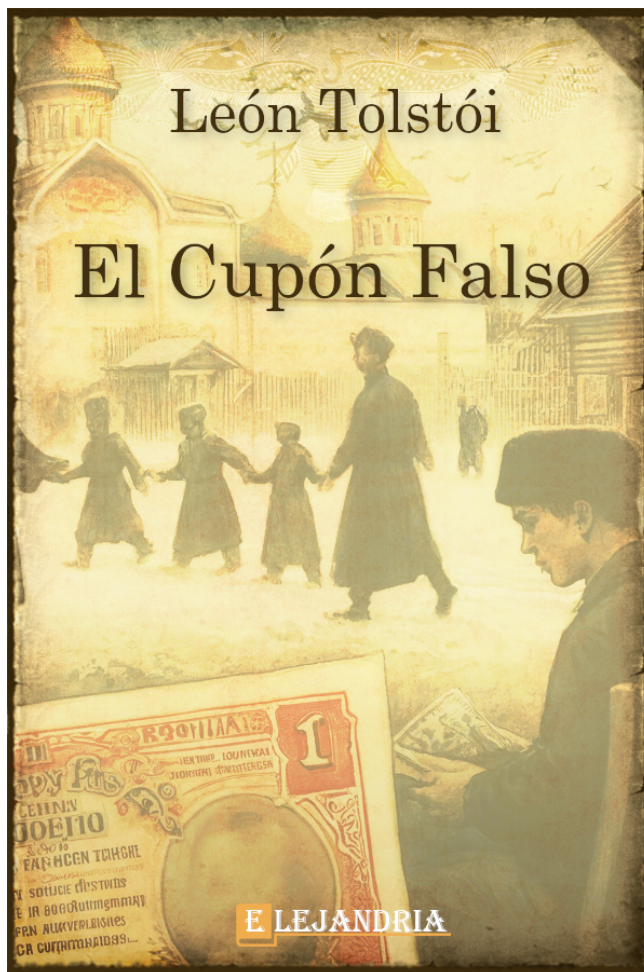
El Cupón Falso



E LEJANDRIA

León Tolstói

El Cupón Falso



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CUPÓN FALSO

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1889

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

**EDICIÓN: THE FORGED COUPON AND OTHER STORIES, TR.
WRIGHT, 1912**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL CUPÓN FALSO

LEÓN TOLSTÓI

PARTE I

I

FEDOR MIHAILOVICH SMOKOVNIKOV, el presidente del Departamento de Impuestos sobre la Renta local, un hombre de una honestidad inquebrantable -y también orgulloso de ello- un liberal sombrío, un librepensador y enemigo de toda manifestación de sentimiento religioso, que consideraba una reliquia de la superstición, llegó a casa desde su oficina sintiéndose muy molesto. El gobernador de la provincia le había enviado una nota extraordinariamente estúpida, casi suponiendo que sus tratos habían sido deshonestos.

Fedor Mihailovich se sintió amargado y escribió de inmediato una respuesta tajante. Al regresar a casa, todo parecía ir en contra de sus deseos.

Faltaban cinco minutos para las cinco y esperaba que la cena se sirviera de inmediato, pero le dijeron que no estaba lista. Golpeó la puerta y se fue a su estudio. Alguien llamó a la puerta. "¿Quién demonios será?" pensó; y gritó: "¿Quién es?"

La puerta se abrió y un niño de quince años entró, el hijo de Fedor Mihailovich, un alumno de quinto grado de la escuela local.

"¿Qué quieres?"

"Hoy es el primer día del mes, padre."

"¡Bueno! ¿Quieres tu dinero?"

Se había acordado que el padre le pagaría a su hijo una asignación mensual de tres rublos como dinero de bolsillo. Fedor Mihailovich frunció el ceño, sacó de su billetera un cupón de dos rublos y cincuenta kopeks que encontró entre los billetes, y le añadió cincuenta kopeks en plata de su cambio suelto en el monedero. El niño permaneció en silencio y no tomó el dinero que su padre le ofrecía.

"Padre, por favor, dame un poco más por adelantado."

"¿Qué?"

"No te lo pediría, pero he pedido prestada una pequeña suma a un amigo y prometí bajo mi palabra de honor que la pagaría. Mi honor me es querido, y por eso quiero otros tres rublos. No me gusta pedírtelo; pero, por favor, padre, dame otros tres rublos."

"Te he dicho—"

"Lo sé, padre, pero solo por esta vez."

"Tienes una asignación de tres rublos y deberías estar contento. Yo no tenía ni cincuenta kopeks cuando tenía tu edad."

“Ahora, todos mis compañeros tienen mucho más. Petrov e Ivanitsky tienen cincuenta rublos al mes.”

“Y te digo que si te comportas como ellos serás un sinvergüenza. Ten cuidado con eso.”

“¿Con qué tengo que tener cuidado? Nunca entiendes mi situación. Me avergonzaré si no pago mi deuda. Es muy fácil para ti hablar así.”

“¡Vete, chico tonto! ¡Vete!”

Fedor Mihailovich saltó de su asiento y se abalanzó sobre su hijo. “¡Vete, te digo!” gritó. “¡Te mereces una buena paliza, todos ustedes, chicos!”

Su hijo se asustó y se amargó de inmediato. La amargura fue incluso mayor que el miedo. Con la cabeza agachada, se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Fedor Mihailovich no tenía intención de golpearlo, pero estaba contento de desahogar su ira y siguió gritando y abusando del chico hasta que cerró la puerta.

Cuando la criada vino a anunciar que la cena estaba lista, Fedor Mihailovich se levantó.

“¡Al fin!” dijo. “Ya no tengo hambre.”

Fue al comedor con una cara hosca. En la mesa su esposa hizo un comentario, pero él le dio una respuesta tan corta y enojada que ella se abstuvo de hablar más. El hijo tampoco levantó la vista de su plato y estuvo en silencio todo el tiempo. El trío terminó su cena en silencio, se levantaron de la mesa y se separaron sin decir una palabra.

Después de la cena, el chico fue a su habitación, sacó el cupón y el cambio de su bolsillo y arrojó el dinero sobre la mesa. Después de eso, se quitó el uniforme y se puso una chaqueta.

Se sentó a trabajar y comenzó a estudiar gramática latina de un libro muy usado. Después de un rato se levantó, cerró y atrancó la

puerta, metió el dinero en un cajón, sacó unos papeles de cigarrillos, hizo uno, lo llenó de algodón y comenzó a fumar.

Pasó casi dos horas con su gramática y libros de escritura sin entender una palabra de lo que veía frente a él; luego se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, tratando de recordar todo lo que su padre le había dicho. Todos los insultos que le había lanzado, y lo peor de todo, la cara enojada de su padre, estaban tan frescos en su memoria como si los viera y oyera de nuevo. "¡Chico tonto! ¡Deberías recibir una buena paliza!" Y cuanto más pensaba en ello, más enojado se ponía. También recordó cómo su padre dijo: "Ve en qué sinvergüenza te convertirás. Lo sé. Seguro que te convertirás en un tramposo, si sigues así."

¡Ciertamente había olvidado cómo se sentía cuando era joven! "¿Qué crimen he cometido, me pregunto? Quería ir al teatro, y al no tener dinero, pedí prestado algo a Petia Grouchetsky. ¿Eso fue tan malo de mi parte? Otro padre se habría compadecido de mí; habría preguntado cómo había sucedido todo; mientras que él solo me insultó. Nunca piensa en nada más que en sí mismo. Cuando es él quien no tiene algo que quiere, ¡eso es diferente! Entonces toda la casa se altera con sus gritos. Y yo—yo soy un sinvergüenza, un tramposo, dice. No, no lo amo, aunque sea mi padre. Puede que esté mal, pero lo odio."

Hubo un golpe en la puerta. La sirvienta trajo una carta, un mensaje de su amigo. "Quieren una respuesta," dijo la sirvienta.

La carta decía lo siguiente: "Te pido ahora por tercera vez que me devuelvas los seis rublos que me has prestado; estás tratando de evitarme. Esa no es la forma en que debería comportarse un hombre honesto. ¿Podrías por favor enviar la cantidad con mi mensajero? Yo mismo estoy en un apuro espantoso. ¿No puedes conseguir el dinero en algún lugar?—Tuyo, dependiendo de si envías el dinero o no, con desprecio o con amor, Grouchetsky."

"¡Ahí lo tenemos! ¡Qué cerdo! ¿No podría esperar un poco? Haré otro intento."

Mitia fue a ver a su madre. Esta era su última esperanza. Su madre era muy amable y casi nunca le negaba nada. Probablemente lo habría ayudado también esta vez a salir de su problema, pero estaba muy preocupada: su hijo menor, Petia, un niño de dos años, se había enfermado. Se enojó con Mitia por irrumpir tan ruidosamente en el cuarto de los niños y le negó casi sin escuchar lo que tenía que decir. Mitia murmuró algo para sí mismo y se dispuso a irse. La madre sintió pena por él. "Espera, Mitia," dijo; "no tengo el dinero que necesitas ahora, pero te lo conseguiré mañana."

Pero Mitia todavía estaba furioso con su padre.

"¿De qué sirve tenerlo mañana, cuando lo necesito hoy? Voy a ver a un amigo. Eso es todo lo que tengo que decir."

Salió, golpeando la puerta.

"No me queda otra opción. Me dirá cómo empeñar mi reloj," pensó, tocando su reloj en el bolsillo.

Mitia fue a su habitación, sacó el cupón y el reloj del cajón, se puso el abrigo y fue a ver a Mahin.

II

MAHIN era su compañero de escuela, su mayor, un joven adulto con bigote. Jugaba, tenía una gran cantidad de amigas y siempre tenía dinero en efectivo. Vivía con su tía. Mitia se daba cuenta de que Mahin no era una persona respetable, pero cuando estaba en su compañía no podía evitar hacer lo que él quería. Mahin estaba en

casa cuando Mitia llegó, y estaba preparándose para ir al teatro. Su desordenada habitación olía a jabón perfumado y agua de colonia.

“Eso es horrible, viejo,” dijo Mahin, cuando Mitia, contándole sus problemas, mostró el cupón y los cincuenta kopeks, y agregó que necesitaba nueve rublos más. “Podríamos, por supuesto, ir a empeñar tu reloj. Pero podríamos hacer algo mucho mejor.” Y Mahin guiñó un ojo.

“¿Qué es eso?”

“Algo bastante simple.” Mahin tomó el cupón en su mano. “Pon UN delante del 2.50 y serán 12.50.”

“¿Pero existen tales cupones?”

“Claro que sí; los billetes de mil rublos tienen cupones de 12.50. Yo he cambiado uno de la misma manera.”

“No me digas.”

“Bueno, sí o no,” preguntó Mahin, tomando la pluma y alisando el cupón con los dedos de su mano izquierda.

“Pero está mal.”

“¡Tonterías!”

“Tonterías, de hecho,” pensó Mitia, y nuevamente las duras palabras de su padre volvieron a su memoria. “¡Sinvergüenza! Ya que me llamaste así, bien puedo serlo.” Miró el rostro de Mahin. Mahin lo miró, sonriendo con perfecta tranquilidad.

“¿Bueno?” dijo.

“Está bien. No me importa.”

Mahin escribió cuidadosamente la unidad delante del 2.50.

“Ahora vamos a la tienda de enfrente; venden materiales para fotógrafos allí. Justo necesito un marco, para esta joven.” Sacó de su bolsillo una fotografía de una joven con ojos grandes, cabello exuberante y un busto extraordinariamente bien desarrollado.

“¿No es dulce? ¿Eh?”

“Sí, sí... claro...”

“Bueno, ya ves. Pero vamos.”

Mahin se puso el abrigo y salieron de la casa.

III

LOS dos muchachos, después de tocar el timbre, entraron en la tienda vacía, que tenía estantes a lo largo de las paredes con aparatos fotográficos, junto con vitrinas en los mostradores. Una mujer sencilla, con una cara amable, salió por la puerta interior y preguntó desde detrás del mostrador qué necesitaban.

“Un marco bonito, por favor, señora.”

“¿A qué precio?” preguntó la mujer; llevaba mitones en sus dedos hinchados con los que manejaba rápidamente marcos de diferentes formas.

“Estos son cincuenta kopeks cada uno; y estos son un poco más caros. Hay uno bastante bonito, de un estilo nuevo; un rublo y veinte kopeks.”

“Está bien, me quedaré con este. Pero, ¿no podría hacerlo más barato? Digamos un rublo.”

“No regateamos en nuestra tienda,” dijo la dueña con aire digno.

“Bueno, lo tomaré,” dijo Mahin, y puso el cupón en el mostrador. “Envuélvame el marco y déme el cambio. Pero por favor, rápido. Tenemos que irnos al teatro y se está haciendo tarde.”

“Tienen tiempo de sobra,” dijo la dueña, examinando el cupón muy de cerca debido a su miopía.

“Se verá encantador en ese marco, ¿no te parece?” dijo Mahin, volviéndose hacia Mitia.

“¿No tiene cambio más pequeño?” preguntó la mujer.

“Lo siento, no tengo. Mi padre me dio eso, así que tengo que cambiarlo.”

“¿Pero seguro que tiene un rublo veinte?”

“Solo tengo cincuenta kopeks en efectivo. ¿Pero qué teme? No piensa, supongo, que queremos engañarla y darle dinero falso.”

“Oh, no; no quise decir nada de eso.”

“Será mejor que me lo devuelva. Lo cambiaremos en otro lugar.”

“¿Cuánto tengo que devolverle? Once y algo.”

Hizo un cálculo en el mostrador, abrió la caja, sacó un billete de diez rublos, buscó cambio y añadió a la suma seis monedas de veinte kopeks y dos de cinco kopeks.

“Por favor, haga un paquete del marco,” dijo Mahin, tomando el dinero con calma.

“Sí, señor.” Ella hizo un paquete y lo ató con una cuerda.

Mitia solo respiró aliviado cuando sonó el timbre de la puerta detrás de ellos y volvieron a estar en la calle.

“Aquí tienes diez rublos para ti, y dame el resto. Te lo devolveré.”

Mahin se fue al teatro, y Mitia fue a ver a Grouchetsky para devolverle el dinero que le había prestado.

IV

UNA hora después de que los chicos se fueran, Eugene Mihailovich, el dueño de la tienda, llegó a casa y comenzó a contar sus ingresos.

“¡Oh, tonta torpe! ¡Idiota que eres!” gritó, dirigiéndose a su esposa, después de haber visto el cupón y notado la falsificación.

“Pero te he visto muchas veces, Eugene, aceptando cupones como pago, y precisamente de doce rublos,” respondió su esposa, muy humillada, afligida y a punto de romper a llorar. “Realmente no sé cómo lograron engañarme,” continuó. “Eran alumnos de la escuela, con uniforme. Uno de ellos era un chico bastante guapo y se veía muy como debe ser.”

“¡Un como debe ser tonto, eso es lo que eres!” El marido continuó regañándola mientras contaba el dinero. “Cuando acepto cupones, veo lo que está escrito en ellos. Y tú probablemente solo miraste las caras bonitas de los chicos. Sería mejor que te comportaras en tu vejez.”

Su esposa no pudo soportarlo más y se enfureció.

“¡Eso es típico de los hombres! Culpano a todos a su alrededor. Pero cuando eres tú quien pierde cincuenta y cuatro rublos en las cartas, eso no tiene importancia a tus ojos.”

“Eso es diferente.”

“No quiero hablar contigo,” dijo su esposa y se fue a su habitación. Allí comenzó a recordarse a sí misma que su familia se oponía a su matrimonio, pensando que su esposo actual estaba muy por debajo de ella en rango social, y que fue ella quien insistió en casarse con él. Luego siguió pensando en el hijo que había perdido y lo indiferente que había sido su esposo ante su pérdida. Lo odiaba tan intensamente en ese momento que deseaba su muerte. Sin

embargo, su deseo la asustó y se apresuró a vestirse y salió de la casa. Cuando su esposo llegó de la tienda a las habitaciones interiores de su apartamento, ella se había ido. Sin esperarlo, se había vestido y se había ido a visitar a unos amigos: un profesor de francés en la escuela, un polaco rusificado, y su esposa, quienes la habían invitado a ella y a su esposo a una fiesta en su casa esa noche.

V

LOS invitados en la fiesta tomaron té y pasteles que les ofrecieron, y luego se sentaron a jugar whist en varias mesas de cartas.

Los compañeros de la esposa de Eugene Mihailovich eran el anfitrión mismo, un oficial y una anciana muy estúpida con peluca, una viuda que poseía una tienda de música; le encantaba jugar a las cartas y jugaba notablemente bien. Pero fue la esposa de Eugene Mihailovich quien ganó todo el tiempo. Las mejores cartas estaban continuamente en sus manos. A su lado tenía un plato con uvas y una pera y estaba de muy buen humor.

“¿Y Eugene Mihailovich? ¿Por qué llega tan tarde?” preguntó la anfitriona, que jugaba en otra mesa.

“Probablemente ocupado arreglando cuentas,” dijo la esposa de Eugene Mihailovich. “Tiene que pagar a los comerciantes, conseguir leña.” La discusión que tuvo con su esposo revivió en su memoria; frunció el ceño y sus manos, de las cuales no se había quitado los mitones, temblaron de furia contra él.

“Oh, ahí está.—Justamente estábamos hablando de ti,” dijo la anfitriona a Eugene Mihailovich, que entró en ese momento. “¿Por qué llegas tan tarde?”

“Estaba ocupado,” respondió Eugene Mihailovich con una voz alegre, frotándose las manos. Y para sorpresa de su esposa, se acercó a su lado y dijo: “Sabes, logré deshacerme del cupón.”

“¡No! ¡No me digas!”

“Sí, lo usé para pagar una carga de leña que compré a un campesino.”

Y Eugene Mihailovich relató con gran indignación a los presentes, su esposa agregando más detalles a su narración, cómo su esposa había sido engañada por dos escolares sin escrúpulos.

“Bueno, y ahora pongámonos a trabajar,” dijo, tomando su lugar en una de las mesas de whist cuando llegó su turno y comenzando a barajar las cartas.

VI

EUGENE MIHAILOVICH en realidad había usado el cupón para comprar leña del campesino Iván Mironov, quien había pensado en establecer un negocio con los diecisiete rublos que poseía. Esperaba de esta manera ganar otros ocho rublos, y con los veinticinco rublos acumulados así, tenía la intención de comprar un buen caballo fuerte, que necesitaría en primavera para trabajar en los campos y para conducir en las carreteras, ya que su viejo caballo estaba casi agotado.

El método comercial de Iván Mironov consistía en comprar una cuerda de leña en las tiendas, dividirla en cinco cargas de carro, y luego recorrer la ciudad, vendiendo cada una de estas al precio que las tiendas cobraban por un cuarto de cuerda. Ese desafortunado día, Iván Mironov salió muy temprano con media carga de carro, que vendió rápidamente. Cargó de nuevo con otra carga que esperaba vender, pero buscó en vano un cliente; nadie la compraba. Tuvo la mala suerte de encontrarse todo el día con personas experimentadas de la ciudad, que conocían todos los trucos de los campesinos en la venta de leña, y no creían que él realmente hubiera traído la leña del campo, como les aseguraba. Tenía hambre y sentía frío en su raído abrigo de lana. Hacia la noche, su caballo, al que había tratado sin piedad, con la esperanza de venderlo pronto al matadero, se negó a moverse un paso. Así que Iván Mironov estaba bastante dispuesto a vender su leña a pérdida cuando se encontró con Eugene Mihailovich, que se dirigía a casa desde la tabaquería.

"Compre mi carga de leña, señor. Se la daré barata. Mi pobre caballo está cansado y no puede seguir."

"¿De dónde vienes?"

"Del campo, señor. Esta leña es de nuestro lugar. Leña seca y buena, se lo aseguro."

"¡Buena leña, claro! Conozco tus trucos. Bueno, ¿cuál es tu precio?"

Iván Mironov empezó pidiendo un precio alto, pero lo redujo una vez y terminó vendiendo la carga de carro por lo que le había costado.

"Se la doy barata, solo para complacerlo, señor. Además, me alegra que no esté lejos de su casa," añadió.

Eugene Mihailovich no regateó mucho. No le importaba pagar un poco más, porque estaba encantado de pensar que podía usar el cupón y deshacerse de él. Con gran dificultad, Iván Mironov finalmente logró, tirando él mismo de las varas, arrastrar su carro hasta el patio, donde se vio obligado a descargar la leña sin ayuda y

apilarla en el cobertizo. El portero del patio estaba fuera. Iván Mironov dudó al principio en aceptar el cupón, pero Eugene Mihailovich insistió, y como parecía una persona muy importante, el campesino finalmente aceptó.

Subió por las escaleras traseras a la habitación de los sirvientes, se persignó ante el icono, se limpió la barba cubierta de carámbanos, levantó las faldas de su abrigo, sacó de su bolsillo un monedero de cuero, y del monedero ocho rublos y cincuenta kopeks, y entregó el cambio a Eugene Mihailovich. Dobló cuidadosamente el cupón y lo puso en el monedero. Luego, según la costumbre, agradeció al caballero por su amabilidad y, usando el mango del látigo en lugar del látigo mismo, golpeó al caballo medio congelado que había condenado a una muerte temprana y se dirigió a una taberna.

Al llegar allí, Iván Mironov pidió vodka y té por los que pagó ocho kopeks. Cómodo y caliente después del té, charló de muy buen humor con un portero de patio que estaba sentado en su mesa. Pronto se volvió comunicativo y le contó a su compañero todas las condiciones de su vida. Le dijo que venía del pueblo de Vassilievsky, a doce millas de la ciudad, y también que tenía su lote de tierra otorgado por su familia, ya que quería vivir aparte de su padre y sus hermanos; que tenía una esposa y dos hijos; el mayor iba a la escuela y aún no le ayudaba en su trabajo. También dijo que vivía en alojamientos y tenía la intención de ir a la feria de caballos al día siguiente para buscar un buen caballo, y tal vez, comprar uno. Continuó diciendo que ahora tenía casi veinticinco rublos, solo faltaba un rublo, y que la mitad de ellos era un cupón. Sacó el cupón de su monedero para mostrárselo a su nuevo amigo. El portero de patio era un hombre analfabeto, pero dijo que le habían dado tales cupones para cambiar; que eran buenos; pero que también uno podía encontrarse con cupones falsificados; por lo que aconsejó al campesino, por seguridad, cambiarlo de inmediato en el mostrador. Iván Mironov dio el cupón al camarero y pidió cambio. Sin embargo, el camarero no trajo el cambio, sino que regresó con el gerente, un

hombre calvo con una cara brillante, que sostenía el cupón en su mano gorda.

"Tu dinero no sirve," dijo, mostrando el cupón, pero aparentemente decidido a no devolverlo.

"El cupón debe estar bien. Lo recibí de un caballero."

"Te digo que está mal. El cupón está falsificado."

"¿Falsificado? Devuélvemelo."

"No lo haré. Ustedes deben ser castigados por tales trucos. Por supuesto, lo hiciste tú mismo, tú y algunos de tus amigos bribones."

"Dame el dinero. ¿Qué derecho tienes--?"

"¡Sidor! Llama a un policía," dijo el camarero al mesero. Iván Mironov estaba bastante borracho, y en ese estado era difícil de manejar. Agarró al gerente por el cuello y comenzó a gritar.

"Dame mi dinero, digo. Iré al caballero que me lo dio. Sé dónde vive."

El gerente tuvo que luchar con todas sus fuerzas para liberarse de Iván Mironov, y su camisa se rasgó. "¡Oh, así te comportas! Agárrenlo."

El camarero agarró a Iván Mironov; en ese momento llegó el policía. Muy importante, preguntó qué había pasado y sin dudarlo dio sus órdenes:

"Llévenlo a la comisaría."

En cuanto al cupón, el policía se lo guardó en el bolsillo; Iván Mironov, junto con su caballo, fue llevado a la comisaría más cercana.

VII

IVÁN MIRONOV tuvo que pasar la noche en la comisaría, en compañía de borrachos y ladrones. Era mediodía del día siguiente cuando fue convocado ante el oficial de policía, sometido a un interrogatorio exhaustivo y enviado bajo la custodia de un policía a la tienda de Eugene Mihailovich. Iván Mironov recordaba la calle y la casa.

El policía pidió al comerciante, le mostró el cupón y lo confrontó con Iván Mironov, quien declaró que había recibido el cupón en ese mismo lugar. Eugene Mihailovich adoptó de inmediato una actitud muy severa y asombrada.

"Estás loco, buen hombre," dijo. "Nunca he visto a este hombre en mi vida," añadió, dirigiéndose al policía.

"Es un pecado, señor," dijo Iván Mironov. "Piensa en la hora en que morirás."

"¡Vaya, debes estar soñando! Has vendido tu leña a otra persona," dijo Eugene Mihailovich. "Pero espera un momento. Iré a preguntarle a mi esposa si compró leña ayer." Eugene Mihailovich los dejó e inmediatamente llamó al portero Vassily, un hombre fuerte, guapo, rápido y alegre, bien vestido.

Le dijo a Vassily que si alguien preguntaba dónde se compró el último suministro de leña, debía decir que lo obtuvieron en las tiendas y no de un campesino en la calle.

"Ha venido un campesino," dijo a Vassily, "que ha declarado a la policía que le di un cupón falso. Es un tonto y dice tonterías, pero tú eres un hombre inteligente. Recuerda decir que siempre conseguimos la leña de las tiendas. Y, por cierto, he estado pensando en darte dinero para que compres una chaqueta nueva,"

añadió Eugene Mihailovich, y le dio al hombre cinco rublos. Vassily, mirando con placer primero el billete de cinco rublos, luego el rostro de Eugene Mihailovich, asintió con la cabeza y sonrió.

"Lo sé, esos campesinos no tienen cerebro. Ignorancia, claro. No te preocupes. Sé lo que tengo que decir."

Iván Mironov, con lágrimas en los ojos, suplicó una y otra vez a Eugene Mihailovich que reconociera el cupón que le había dado, y al portero que creyera lo que decía, pero resultó completamente inútil; ambos insistieron en que nunca habían comprado leña a un campesino en la calle. El policía llevó de vuelta a Iván Mironov a la comisaría, y fue acusado de falsificar el cupón. Solo después de seguir el consejo de un empleado de oficina borracho en la misma celda y sobornar al oficial de policía con cinco rublos, Iván Mironov salió de la cárcel, sin el cupón y con solo siete rublos de los veinticinco que tenía el día anterior.

De estos siete rublos, gastó tres en la taberna y llegó a casa con su esposa, borracho, con la cara magullada e hinchada.

Su esposa estaba esperando un hijo y se sentía muy enferma. Comenzó a regañar a su esposo; él la empujó y ella lo golpeó. Sin decir una palabra, se acostó en la tabla y comenzó a llorar amargamente.

No fue hasta el día siguiente que le contó a su esposa lo que realmente había sucedido. Ella le creyó de inmediato y maldijo a fondo al despreciable hombre rico que había engañado a Iván. Ahora estaba sobrio, y recordando el consejo que le había dado un trabajador con el que había bebido mucho el día anterior, decidió ir a un abogado y contarle la injusticia que le había hecho el dueño de la tienda de fotografías.

VIII

EL abogado aceptó llevar a cabo el proceso en nombre de Iván Mironov, no tanto por la tarifa, sino porque creía al campesino y estaba indignado por la injusticia que se le había hecho.

Ambas partes se presentaron en el tribunal cuando se juzgó el caso, y el portero Vassily fue llamado como testigo. Repitieron en el tribunal todo lo que habían dicho antes a los oficiales de policía. Iván Mironov nuevamente invocó el nombre de la Divinidad y recordó al comerciante la hora de la muerte. Eugene Mihailovich, aunque plenamente consciente de su maldad y los riesgos que corría, a pesar de los reproches de su conciencia, no podía ahora cambiar su testimonio y continuó negando con calma todas las acusaciones hechas contra él.

El portero Vassily había recibido otros diez rublos de su jefe y, bastante imperturbable, afirmó con una sonrisa que no sabía nada sobre Iván Mironov. Y cuando se le pidió que prestara juramento, superó sus escrúpulos internos y repitió con supuesta facilidad los términos del juramento, leídos por el viejo sacerdote designado para el tribunal. Por la santa Cruz y el Evangelio, juró que decía toda la verdad.

El caso se decidió en contra de Iván Mironov, quien fue sentenciado a pagar cinco rublos por los gastos. Esta suma la pagó generosamente Eugene Mihailovich por él. Antes de despedir a Iván Mironov, el juez lo amonestó severamente, diciéndole que en el futuro debía tener cuidado de no acusar a personas respetables, y que también debía estar agradecido de no haber sido obligado a pagar los costos, y de haber escapado de una acusación por difamación, por la cual habría sido condenado a tres meses de prisión.

"Ofrezco mis humildes agradecimientos," dijo Iván Mironov; y, sacudiendo la cabeza, dejó el tribunal con un profundo suspiro.

Todo parecía haber terminado bien para Eugene Mihailovich y el portero Vassily. Pero solo en apariencia. Algo había sucedido que no fue notado por nadie, pero que era mucho más importante que todo lo que se había expuesto a la vista.

Vassily había dejado su aldea y se había instalado en la ciudad hacía más de dos años. A medida que pasaba el tiempo, enviaba menos dinero a su padre y no pedía a su esposa, que se quedó en casa, que se uniera a él. No la necesitaba; en la ciudad podía tener tantas esposas como quisiera, y mucho mejores que esa torpe mujer de campo. Vassily, con cada año que pasaba, se familiarizaba más y más con las costumbres de la gente de la ciudad, olvidando las convenciones de la vida en el campo. Allí todo era tan vulgar, tan gris, tan pobre y desordenado. Aquí, en la ciudad, todo parecía, por el contrario, tan refinado, bonito, limpio y rico; tan ordenado también. Y cada vez se convencía más de que la gente del campo vive como bestias salvajes, sin tener idea de lo que es la vida, y que solo la vida en la ciudad es real. Leía libros escritos por autores inteligentes y asistía a las representaciones en el Palacio del Pueblo. En el campo, la gente no vería tales maravillas ni siquiera en sueños. En el campo, los ancianos dicen: "Obedece la ley, y vive con tu esposa; trabaja; no comas demasiado; no te preocupes por la ostentación," mientras que aquí, en la ciudad, todas las personas inteligentes y cultas, aquellas, por supuesto, que saben lo que realmente es la ley, solo persiguen sus propios placeres. Y son mejores por ello.

Antes del incidente del cupón falsificado, Vassily no podía realmente creer que los ricos vivieran sin ninguna ley moral. Pero después de eso, y aún más después de haberse perjurado y no haber empeorado a pesar de sus temores, por el contrario, había ganado diez rublos con ello, Vassily se convenció firmemente de que no existen leyes morales, y que lo único que debe hacer es perseguir sus propios intereses y placeres. Esto lo convirtió ahora en su regla

de vida. En consecuencia, obtenía tanto beneficio como podía al comprar bienes para los inquilinos. Pero esto no cubría todos sus gastos. Entonces comenzó a robar, siempre que tenía la oportunidad: dinero y todo tipo de objetos de valor. Un día robó una cartera llena de dinero de Eugene Mihailovich, pero fue descubierto. Eugene Mihailovich no lo entregó a la policía, pero lo despidió en el acto.

Vassily no tenía ningún deseo de regresar a su aldea y se quedó en Moscú con su amante, buscando un nuevo trabajo. Consiguió uno como portero en una tienda de comestibles, pero con un salario pequeño. Al día siguiente de haber entrado en ese servicio, fue sorprendido robando bolsas. El tendero no llamó a la policía, pero le dio una buena paliza y lo echó. Después de eso, no pudo encontrar trabajo. El dinero que le quedaba se fue rápidamente; tuvo que vender toda su ropa y andaba casi en harapos. Su amante lo dejó. Pero, a pesar de todo, mantuvo su buen ánimo, y cuando llegó la primavera comenzó a caminar hacia casa.

IX

PETER NIKOLAEVICH SVENTIZKY, un hombre bajo con gafas negras (tenía la vista débil y estaba amenazado con ceguera completa), se levantó, como era su costumbre, al amanecer, tomó una taza de té y, poniéndose su abrigo de piel corto adornado con astracán, fue a supervisar el trabajo en su finca.

Peter Nikolaevich había sido un funcionario de la Aduana y había ganado dieciocho mil rublos durante su servicio. Hace unos doce años dejó el servicio, no completamente por su propia voluntad; de

hecho, se vio obligado a dejarlo, y compró una finca a un joven terrateniente que había disipado su fortuna. Peter Nikolaevich se había casado en un período anterior, mientras aún era funcionario de la Aduana. Su esposa, que pertenecía a una antigua familia noble, era huérfana y no tenía dinero. Era una mujer alta, algo robusta y de buen aspecto. No tenían hijos. Peter Nikolaevich tenía considerables talentos prácticos y una fuerte voluntad. Era hijo de un caballero polaco y no sabía nada sobre agricultura y gestión de tierras; pero cuando adquirió una finca propia, la administró tan bien que después de quince años, el terreno baldío de trescientas acres se convirtió en una finca modelo. Todos los edificios, desde la casa principal hasta los almacenes de grano y el cobertizo para la bomba de incendios, estaban sólidamente contruidos, tenían techos de hierro y se pintaban en el momento adecuado. En la casa de herramientas, los carros, arados y rastras estaban en perfecto orden, los arreos estaban bien limpiados y engrasados. Los caballos no eran muy grandes, pero todos eran criados en casa, grises, bien alimentados, fuertes y sin defectos.

La trilladora funcionaba en un granero techado, el forraje se guardaba en un cobertizo separado y se había hecho un desagüe pavimentado desde los establos. Las vacas eran criadas en casa, no muy grandes, pero daban mucha leche; también se criaban aves en el gallinero, y las gallinas eran de una especie especial, que ponían una gran cantidad de huevos. En el huerto, los árboles frutales estaban bien encalados y sostenidos con postes para que pudieran crecer rectos. Todo estaba cuidado: sólido, limpio y en perfecto orden. Peter Nikolaevich se regocijaba en la condición perfecta de su finca y estaba orgulloso de haberla logrado, no oprimiendo a los campesinos, sino, al contrario, con la extrema equidad de sus tratos con ellos.

Entre los nobles de su provincia pertenecía al partido avanzado y se inclinaba más a las ideas liberales que conservadoras, siempre tomando el lado de los campesinos contra aquellos que aún favorecían la servidumbre. "Trátalos bien y te tratarán bien," solía decir. Por supuesto, no pasaba por alto ninguna negligencia por

parte de los que trabajaban en su finca y los instaba a trabajar si eran perezosos; pero les daba buen alojamiento, con abundante comida, les pagaba sus salarios sin demora y les ofrecía bebidas en los días festivos.

Caminando cautelosamente sobre la nieve derretida, ya que era febrero, Peter Nikolaevich pasó por los establos y se dirigió a la cabaña donde se alojaban sus trabajadores. Todavía estaba oscuro, más oscuro debido a la densa niebla; pero las ventanas de la cabaña estaban iluminadas. Los hombres ya se habían levantado. Su intención era instarlos a comenzar a trabajar. Había arreglado que debían ir al bosque y traer el último suministro de leña que necesitaba antes de la primavera.

"¿Qué es eso?" pensó, al ver la puerta del establo abierta de par en par. "Hola, ¿quién está ahí?"

No hubo respuesta. Peter Nikolaevich entró en el establo. Estaba oscuro; el suelo estaba blando bajo sus pies y el aire olía a estiércol; a la derecha de la puerta había dos pesebres para un par de caballos grises. Peter Nikolaevich extendió la mano en su dirección, uno de los pesebres estaba vacío. Extendió el pie, el caballo podría estar acostado. Pero su pie no tocó nada sólido. "¿Dónde podrían haber llevado al caballo?" pensó. Ciertamente no lo habían enganchado; todos los trineos estaban afuera. Peter Nikolaevich salió del establo.

"¡Stepan, ven aquí!" llamó.

Stepan era el jefe de la cuadrilla de trabajadores. Justo estaba saliendo de la cabaña.

"¡Aquí estoy!" dijo con voz alegre. "Oh, ¿es usted, Peter Nikolaevich? Nuestros hombres están llegando."

"¿Por qué está abierta la puerta del establo?"

"¿Está? No sé nada al respecto. ¡Proshka, trae la linterna!"

Proshka vino con la linterna. Todos fueron al establo y Stepan supo de inmediato lo que había pasado.

"Han estado aquí ladrones, Peter Nikolaevich," dijo. "La cerradura está rota."

"¡No! ¡No me digas!"

"Sí, los bandidos. No veo a 'Mashka.' 'Hawk' está aquí. Pero 'Beauty' no está. Ni 'Dapple-grey.'"

¡Tres caballos habían sido robados!

Peter Nikolaevich no dijo una palabra al principio. Solo frunció el ceño y respiró profundamente.

"Oh," dijo después de un rato. "¡Si pudiera atraparlos! ¿Quién estaba de guardia?"

"Pedro. Evidentemente se quedó dormido."

Peter Nikolaevich llamó a la policía y haciendo un llamamiento a todas las autoridades, envió a sus hombres a seguir a los ladrones. Pero los caballos no se encontraron.

"Gente malvada," dijo Peter Nikolaevich. "¡Cómo pudieron hacerlo! Siempre fui tan amable con ellos. Ahora, ¡esperen! ¡Bandidos! ¡Bandidos todos ellos! No seré más amable."

X

Mientras tanto, los caballos, los grises, ya habían sido vendidos; Mashka se vendió a los gitanos por dieciocho rublos; Dapple-grey se intercambió por otro caballo y pasó a otro campesino que vivía a cuarenta millas de la finca; y Beauty murió en el camino. El hombre que llevó a cabo todo el asunto fue Iván Mironov. Había trabajado en

la finca y conocía todos los alrededores de Peter Nikolaevich. Quería recuperar el dinero que había perdido y por eso robó los caballos.

Después de su desgracia con el cupón falsificado, Iván Mironov se entregó a la bebida; y todo lo que poseía se habría gastado en bebida si no hubiera sido por su esposa, que encerró su ropa, los collares de los caballos y el resto de lo que de otro modo habría derrochado en las tabernas. En su estado de embriaguez, Iván Mironov pensaba continuamente, no solo en el hombre que lo había agraviado, sino en todos los ricos que viven robando a los pobres. Un día bebió con unos campesinos de los suburbios de Podolsk y caminaba a casa con ellos. En el camino, los campesinos, que estaban completamente borrachos, le dijeron que habían robado un caballo de la cabaña de un campesino. Iván Mironov se enojó y comenzó a abusar de los ladrones de caballos.

"¡Qué vergüenza!" dijo. "Un caballo es como un hermano para el campesino. ¿Y lo robaste? Es un gran pecado, te digo. Si vas a robar caballos, róbalos de los terratenientes. Son peores que los perros y se merecen cualquier cosa."

La conversación continuó, y los campesinos de Podolsk le dijeron que se requería mucha astucia para robar un caballo en una finca.

"Debes conocer todos los entresijos del lugar y debes tener a alguien en el lugar que te ayude."

Entonces se le ocurrió a Iván Mironov que conocía a un terrateniente, Sventizky; había trabajado en su finca y Sventizky, al pagarle, le había deducido un rublo y medio por una herramienta rota. Recordó bien a los caballos grises que solía conducir en la finca de Sventizky.

Iván Mironov visitó a Peter Nikolaevich fingiendo pedir empleo, pero en realidad para obtener la información que quería. Tomó precauciones para asegurarse de que el vigilante estuviera ausente y de que los caballos estuvieran en sus pesebres en el establo. Trajo a los ladrones al lugar y los ayudó a llevarse los tres caballos.

Dividieron sus ganancias e Iván Mironov regresó a su esposa con cinco rublos en el bolsillo. No tenía nada que hacer en casa, no tenía caballo para trabajar en el campo, por lo que continuó robando caballos en compañía de ladrones de caballos profesionales y gitanos.

XI

PETER NIKOLAEVICH SVENTIZKY hizo todo lo posible por descubrir quién había robado sus caballos. Sabía que alguien en la finca debía haber ayudado a los ladrones y comenzó a sospechar de todo su personal. Inquirió quién había dormido fuera esa noche y la cuadrilla de trabajadores

le dijo que Proshka no había estado en toda la noche. Proshka, o Prokofy Nikolaevich, era un joven que acababa de terminar su servicio militar, apuesto y hábil en todo lo que hacía; Peter Nikolaevich lo empleaba a veces como cochero. El comisario de distrito era amigo de Peter Nikolaevich, al igual que el jefe de la policía provincial, el mariscal de la nobleza y también el concejal rural y el magistrado instructor. Todos venían a su casa el día de su santo, bebiendo el licor de cereza que les ofrecía con gusto y comiendo los sabrosos champiñones en conserva de todo tipo que acompañaban los licores. Todos simpatizaban con él en su problema y trataban de ayudarlo.

"Siempre solías tomar el lado de los campesinos," dijo el comisario de distrito, "¡y ahí tienes! Tenía razón al decir que son peores que las bestias salvajes. El único modo de mantenerlos en orden es con

azotes. Bueno, dices que todo es culpa de Proshka. ¿No es él quien a veces era tu cochero?"

"Sí, él es."

"¿Serías tan amable de llamarlo?"

Proshka fue convocado ante el comisario, quien comenzó a interrogarlo.

"¿Dónde estabas esa noche?"

Proshka se echó el pelo hacia atrás y sus ojos brillaron.

"En casa."

"¿Cómo? Todos los hombres dicen que no estabas."

"Lo que usted diga, señor."

"Mi opinión no tiene nada que ver con el asunto. Dime dónde estabas esa noche."

"En casa."

"Muy bien. Policía, llévenlo a la comisaría."

La razón por la cual Proshka no dijo dónde había estado esa noche era porque la había pasado con su novia, Parasha, y había prometido no delatarla. Cumplió su palabra. No se encontraron pruebas en su contra y pronto fue liberado. Pero Peter Nikolaevich estaba convencido de que Prokofy había estado detrás de todo el asunto y comenzó a odiarlo. Un día, Proshka compró, como de costumbre en la tienda del comerciante, dos medidas de avena. Una y media se la dio a los caballos y media medida se la devolvió al comerciante; el dinero lo gastó en bebida. Peter Nikolaevich lo descubrió y acusó a Prokofy de estafa. El juez sentenció al hombre a tres meses de prisión.

Prokofy tenía una naturaleza bastante orgullosa y se consideraba superior a los demás. La prisión fue una gran humillación para él. Salió de ella muy deprimido; ya no había nada de lo que sentirse orgulloso en la vida. Y más que eso, se sentía extremadamente

amargado, no solo contra Peter Nikolaevich, sino contra todo el mundo.

En general, como todos a su alrededor notaron, Prokofy se convirtió en otro hombre después de su encarcelamiento, tanto descuidado como perezoso; se entregó a la bebida y pronto fue atrapado robando ropa en la casa de una mujer, y se encontró nuevamente en prisión.

Todo lo que Peter Nikolaevich descubrió sobre sus caballos grises fue la piel de uno de ellos, Beauty, que había sido encontrada en algún lugar de la finca. El hecho de que los ladrones hubieran escapado sin castigo irritaba aún más a Peter Nikolaevich. Ahora era incapaz de hablar de los campesinos o mirarlos sin enojo. Y siempre que podía, trataba de oprimirlos.

XII

DESPUÉS de haberse deshecho del cupón, Eugene Mihailovich lo olvidó por completo; pero su esposa, Maria Vassilievna, no podía perdonarse a sí misma por haber sido engañada, ni tampoco a su esposo por sus crueles palabras. Y, sobre todo, estaba furiosa contra los dos muchachos que tan hábilmente la habían engañado. Desde el día en que aceptó el cupón falsificado como pago, miraba detenidamente a todos los escolares que se cruzaban en su camino en las calles. Un día se encontró con Mahin, pero no lo reconoció, porque al verla, él hizo una mueca que cambió completamente sus rasgos. Pero cuando, quince días después del incidente del cupón, se encontró cara a cara con Mitia Smokovnikov, lo reconoció de inmediato.

Lo dejó pasar, luego se dio la vuelta y lo siguió, y al llegar a su casa, hizo averiguaciones sobre de quién era hijo. Al día siguiente fue a la escuela y se encontró con el instructor de religión, el sacerdote Michael Vedensky, en el pasillo. Él le preguntó qué deseaba. Ella respondió que quería ver al director de la escuela. "No se siente muy bien," dijo el sacerdote. "¿Puedo serle de alguna utilidad, o darle su mensaje?"

Maria Vassilievna pensó que bien podría contarle al sacerdote lo que había sucedido. Michael Vedensky era viudo y un hombre muy ambicioso. Un año atrás, había conocido al padre de Mitia Smokovnikov en sociedad y había tenido una discusión con él sobre religión. Smokovnikov lo había vencido decisivamente en todos los puntos; de hecho, lo había hecho parecer bastante ridículo. Desde entonces, el sacerdote había decidido prestar especial atención al hijo de Smokovnikov; y, al encontrarlo tan indiferente a los asuntos religiosos como su padre, comenzó a perseguirlo e incluso provocó su fracaso en los exámenes.

Cuando Maria Vassilievna le contó lo que el joven Smokovnikov le había hecho, Vedensky no pudo evitar sentir una satisfacción interna. Vio en la conducta del chico una prueba de la total maldad de aquellos que no son guiados por las reglas de la Iglesia. Decidió aprovechar esta gran oportunidad para advertir a los incrédulos de los peligros que les amenazaban. En cualquier caso, quería convencerse de que este era el único motivo que lo guiaba en el curso que había decidido tomar. Pero en el fondo de su corazón, solo deseaba vengarse del orgulloso ateo.

"Sí, es muy triste en verdad," dijo el padre Michael, jugueteando con la cruz que llevaba sobre sus vestiduras sacerdotales y pasando las manos por sus lados pulidos. "Me alegra mucho que me haya confiado esto. Como siervo de la Iglesia, amonestaré al joven, por supuesto con la máxima amabilidad. Sin duda, lo haré de la manera que corresponde a mi santo oficio," dijo el padre Michael para sí mismo, realmente pensando que había olvidado la enemistad que el

padre del muchacho sentía hacia él. Creía firmemente que el alma del chico era el único objeto de su piadoso cuidado.

Al día siguiente, durante la lección de religión que el padre Michael estaba dando a la clase de Mitia Smokovnikov, relató el incidente del cupón falsificado, agregando que el culpable había sido uno de los alumnos de la escuela. "Fue algo muy malvado," dijo; "pero negar el crimen es aún peor. Si es cierto que el pecado ha sido cometido por uno de ustedes, que el culpable confiese." Al decir esto, el padre Michael miró fijamente a Mitia Smokovnikov. Todos los chicos, siguiendo su mirada, también se volvieron hacia Mitia, quien se sonrojó y se sintió extremadamente incómodo, con grandes gotas de sudor en su rostro. Finalmente, rompió a llorar y salió corriendo del aula. Su madre, notando su angustia, descubrió la verdad, corrió de inmediato a la tienda del fotógrafo, pagó los doce rublos y cincuenta kopeks a Maria Vassilievna y le hizo prometer que negaría la culpabilidad del muchacho. Luego imploró a Mitia que ocultara la verdad a todos y, en cualquier caso, que se la ocultara a su padre.

En consecuencia, cuando Fedor Mihailovich se enteró del incidente en la clase de religión y su hijo, al ser interrogado por él, negó todas las acusaciones, fue de inmediato a ver al director de la escuela, le contó lo sucedido, expresó su indignación por la conducta del padre Michael y dijo que no dejaría las cosas como estaban.

El padre Michael fue llamado y de inmediato se enzarzó en una acalorada disputa con Smokovnikov.

"Una mujer tonta primero acusó falsamente a mi hijo, luego se retracta de su acusación, y por supuesto, usted no pudo pensar en nada más sensato que hacer que calumniar a un niño honesto y veraz."

"No lo calumnié y debo pedirle que no me hable de esa manera. Olvida lo que se debe a mi investidura."

"Tu investidura no me importa."

"¡Tu perversidad en asuntos de religión es conocida por todos en la ciudad!" replicó el padre Michael; y estaba tan transportado de ira

que su larga cabeza delgada temblaba.

"¡Caballeros! ¡Padre Michael!" exclamó el director de la escuela, tratando de apaciguar su ira. Pero no lo escucharon.

"Es mi deber como sacerdote velar por la educación religiosa y moral de nuestros alumnos."

"Oh, ideja de fingir ser religioso! ¡Oh, detén toda esta farsa de religión! Como si no supiera que no crees ni en Dios ni en el Diablo."

"Considero que es indigno de mi parte hablar con un hombre como tú," dijo el padre Michael, muy dolido por las últimas palabras de Smokovnikov, tanto más porque sabía que eran ciertas.

Michael Vedensky continuó sus estudios en la academia para sacerdotes, y por eso, desde hacía mucho tiempo, dejó de creer en lo que confesaba ser su credo y en lo que predicaba desde el púlpito; solo sabía que los hombres debían forzarse a creer en lo que él trataba de hacer que él mismo creyera.

Smokovnikov no se sorprendió por la conducta del padre Michael; solo pensó que ilustraba la influencia que la Iglesia comenzaba a ejercer sobre la sociedad y contó a todos sus amigos cómo su hijo había sido insultado por el sacerdote.

Viendo no solo a jóvenes, sino también a la generación mayor contaminados por tendencias ateas, el padre Michael se convenció cada vez más de la necesidad de luchar contra esas tendencias. Cuanto más condenaba la incredulidad de Smokovnikov y de otros como él, más confianza tenía en la firmeza de su propia fe y menos sentía la necesidad de asegurarse de ella o de hacer que su vida estuviera en armonía con ella. Su fe, reconocida como tal por todo el mundo a su alrededor, se convirtió en la mejor arma del padre Michael para luchar contra quienes la negaban.

Los pensamientos que le surgieron debido a su conflicto con Smokovnikov, junto con la molestia de ser culpado por sus superiores en la escuela, lo llevaron a llevar a cabo el propósito que había tenido desde la muerte de su esposa: tomar órdenes

monásticas y seguir el camino que habían seguido algunos de sus compañeros de la academia. Uno de ellos ya era obispo, otro archimandrita y en camino de convertirse en obispo.

Al final del trimestre, Michael Vedensky dejó su puesto en la escuela, tomó órdenes bajo el nombre de Missael y muy pronto consiguió un puesto como rector en un seminario en una ciudad en el río Volga.

XIII

MIENTRAS tanto, el portero Vassily marchaba por el camino abierto hacia el sur.

Caminaba durante el día y, cuando caía la noche, algún policía le conseguía refugio en la cabaña de un campesino. Le daban pan en todas partes y, a veces, lo invitaban a sentarse a la comida de la tarde. En un pueblo del distrito de Orel, donde se había quedado a pasar la noche, escuchó que un comerciante que había alquilado el huerto del terrateniente para la temporada, estaba buscando hombres fuertes y capaces para servir como vigilantes de los cultivos de frutas. Vassily estaba cansado de caminar y, como tampoco tenía ningún deseo de regresar a su pueblo natal, fue a ver al hombre que poseía el huerto y consiguió trabajo como vigilante por cinco rublos al mes.

A Vassily le resultaba muy agradable vivir en su cobertizo en el huerto, y más aún cuando las manzanas y peras comenzaban a madurar y los hombres del granero le proporcionaban todos los días grandes fardos de paja fresca de la trilladora. Solía acostarse todo el

día sobre la fragante paja, con montones de manzanas frescas y de delicado aroma a su lado, vigilando en todas direcciones para evitar que los chicos del pueblo robaran fruta; y solía silbar y cantar mientras tanto, para divertirse. Sabía infinidad de canciones y tenía una voz fina. Cuando las mujeres campesinas y las jóvenes venían a pedir manzanas y a charlar con él, Vassily les daba manzanas más grandes o más pequeñas según le agradaran sus aspectos, y recibía huevos o dinero a cambio. El resto del tiempo no tenía nada que hacer más que recostarse y levantarse para comer en la cocina. Solo le quedaba una camisa, una de algodón rosa, y estaba llena de agujeros. Pero tenía una complexión fuerte y disfrutaba de excelente salud. Cuando la tetera con gachas negras se sacaba del fogón y se servía a los trabajadores, Vassily solía comer lo suficiente para tres, y llenaba de asombro continuo al viejo vigilante de la finca. Por las noches, Vassily nunca dormía. Silbaba o gritaba de vez en cuando para ahuyentar a los ladrones y sus penetrantes ojos de gato veían claramente en la oscuridad.

Una noche, un grupo de jóvenes del pueblo se dirigió sigilosamente al huerto para sacudir las manzanas de los árboles. Vassily, acercándose sin hacer ruido, los atacó; intentaron escapar, pero él atrapó a uno y lo llevó ante su amo.

El primer cobertizo de Vassily estaba en el extremo más alejado del huerto, pero después de que se recogieron las peras, tuvo que mudarse a otro cobertizo a solo cuarenta pasos de la casa de su amo. Le gustaba mucho este nuevo lugar. Todo el día podía ver a las señoritas y los caballeros disfrutando de sí mismos; saliendo a pasear en coche por las noches y hasta tarde en la noche, tocando el piano o el violín, cantando y bailando. Veía a las señoritas sentadas con los jóvenes estudiantes en los alféizares de las ventanas, conversando animadamente, y luego yendo en parejas a caminar por la avenida de tilos, iluminada solo por rayos de luz de luna. Veía a los sirvientes corriendo con comida y bebida, veía a los cocineros, los mayordomos, las lavanderas, los jardineros, los cocheros, trabajando duro para proporcionar a sus amos comida, bebida y entretenimiento constante. A veces, los jóvenes de la casa

del amo venían al cobertizo y Vassily les ofrecía las mejores manzanas, jugosas y rojas. Las señoritas solían dar grandes mordiscos a las manzanas en el acto, alabando su sabor y hablaban en francés entre ellas, Vassily entendía perfectamente que hablaban de él, y le pedían a Vassily que les cantara.

Vassily sentía una gran admiración por el modo de vida de su amo, que le recordaba lo que había visto en Moscú; y cada vez estaba más convencido de que lo único que importaba en la vida era el dinero. Pensaba y pensaba en cómo conseguir una gran suma de dinero. Recordaba sus formas anteriores de obtener pequeñas ganancias siempre que podía y llegó a la conclusión de que eso estaba completamente mal. Robar ocasionalmente no sirve de nada, pensaba. Debía idear un plan bien preparado y, después de obtener toda la información que necesitaba, llevar a cabo su propósito sin ser detectado.

Después de la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María, se recogió la última cosecha de manzanas de otoño; el amo estaba contento con los resultados, pagó a Vassily y le dio una suma extra como recompensa por su fiel servicio.

Vassily se puso su chaqueta nueva y un sombrero nuevo, ambos regalos del hijo de su amo, pero no se dirigió a casa. Odiaba la mera idea de la vida vulgar de los campesinos. Volvió a Moscú en compañía de algunos soldados borrachos, que habían sido vigilantes en el huerto junto con él. Al llegar allí, resolvió de inmediato, al amparo de la noche, irrumpir en la tienda donde había trabajado, donde fue golpeado y luego expulsado por el propietario sin que le pagaran. Conocía bien el lugar y sabía dónde estaba guardado el dinero. Así que pidió a los soldados que lo ayudaran a vigilar afuera y, forzando la puerta del patio, entró en la tienda y tomó todo el dinero que pudo encontrar. Todo esto se hizo de manera muy hábil y no se dejó rastro del robo. El dinero que Vassily había encontrado en la tienda ascendía a 370 rublos. Dio cien rublos a sus asistentes y con el resto se dirigió a otra ciudad donde se entregó a la disipación en compañía de amigos de ambos sexos. La policía siguió sus

movimientos y, cuando finalmente fue arrestado y encarcelado, apenas le quedaba nada del dinero que había robado.

XIV

IVÁN MIRONOV se había convertido en un ladrón de caballos muy astuto, valiente y exitoso. Afimia, su esposa, que al principio solía abusar de él por sus malas acciones, como ella las llamaba, ahora estaba bastante contenta y se sentía orgullosa de su marido, quien poseía un nuevo abrigo de piel de oveja, mientras que ella también tenía una chaqueta cálida y un nuevo manto de piel.

En el pueblo y en todo el distrito, todos sabían muy bien que Iván Mironov estaba detrás de todos los robos de caballos; pero nadie se atrevía a delatarlo, temiendo las consecuencias. Siempre que recaía la sospecha sobre él, lograba limpiar su reputación. Una vez, durante la noche, robó caballos del pastizal en el pueblo de Kolotovka. Por lo general, prefería robar caballos de terratenientes o comerciantes. Pero esto era un trabajo más difícil y, cuando no tenía posibilidades de éxito, no le importaba robar también a los campesinos. En Kolotovka se llevó los caballos sin asegurarse de quiénes eran. No fue él mismo al lugar, sino que envió a un joven astuto, Gerassim, para que realizara el robo por él. Los campesinos solo se enteraron del robo al amanecer; corrieron en todas direcciones para buscar a los ladrones. Mientras tanto, los caballos estaban escondidos en un barranco en las tierras forestales pertenecientes al estado.

Iván Mironov tenía la intención de dejarlos allí hasta la noche siguiente y luego transportarlos con la mayor rapidez posible a cien millas de distancia, a un hombre que conocía. Visitó a Gerassim en el

bosque para ver cómo le iba, le llevó un pastel y algo de vodka, y estaba regresando a casa por un sendero secundario en el bosque donde esperaba no encontrarse con nadie. Pero, por mala suerte, se topó con el guardabosques, un soldado retirado.

"¡Oye! ¿Has estado buscando setas?" preguntó el soldado.

"No había ninguna," respondió Iván Mironov, mostrando la canasta de corteza de tilo que había llevado consigo por si la necesitaba.

"Sí, las setas son escasas este verano," dijo el soldado. Se quedó quieto por un momento, pensó y luego siguió su camino. Vio claramente que algo estaba mal. Iván Mironov no tenía ningún motivo para dar paseos matutinos por ese bosque. El soldado regresó después de un rato y miró alrededor. De repente, escuchó el resoplido de los caballos en el barranco. Se dirigió cautelosamente al lugar de donde venían los sonidos. La hierba en el barranco estaba pisoteada y se veían claramente las marcas de los cascos de los caballos. Un poco más allá vio a Gerassim, que estaba sentado comiendo su comida, y los caballos atados a un árbol.

El soldado corrió al pueblo y trajo de vuelta al alguacil, a un oficial de policía y a dos testigos. Rodearon por tres lados el lugar donde Gerassim estaba sentado y lo capturaron. No negó nada; pero, estando borracho, les dijo de inmediato cómo Iván Mironov le había dado mucho de beber y lo había inducido a robar los caballos; también dijo que Iván Mironov había prometido venir esa noche para llevarse los caballos. Los campesinos dejaron los caballos y a Gerassim en el barranco y, escondiéndose detrás de los árboles, se prepararon para emboscar a Iván Mironov. Cuando oscureció, escucharon un silbido. Gerassim respondió con un sonido similar. En el momento en que Iván Mironov descendió la pendiente, los campesinos lo rodearon y lo llevaron de vuelta al pueblo. A la mañana siguiente, una multitud se reunió frente a la cabaña del alguacil. Sacaron a Iván Mironov y lo sometieron a un interrogatorio riguroso. Stepan Pelageushkine, un hombre alto, encorvado, con brazos largos, nariz aguileña y rostro sombrío, fue el primero en interrogarlo. Stepan había terminado su servicio militar y era de

carácter solitario. Cuando se separó de su padre y comenzó su propio hogar, tuvo su primera experiencia de perder un caballo. Después de eso, trabajó durante dos años en las minas y ganó dinero suficiente para comprar dos caballos. Estos dos habían sido robados por Iván Mironov.

"¡Dime dónde están mis caballos!" gritó Stepan, pálido de furia, alternando su mirada entre el suelo y el rostro de Iván Mironov.

Iván Mironov negó su culpabilidad. Entonces Stepan le dio un golpe tan violento en la cara que le rompió la nariz y la sangre brotó.

"¡Di la verdad, te digo, o te mataré!"

Iván Mironov guardó silencio. Luego Stepan lo golpeó dos veces más con su largo brazo. Iván Mironov permaneció en silencio, moviendo la cabeza de un lado a otro.

"¡Golpéenlo, todos ustedes!" gritó el alguacil, y toda la multitud se abalanzó sobre Iván Mironov. Cayó al suelo sin decir una palabra y luego gritó, "¡Demonios, bestias salvajes, mátenme si eso es lo que quieren! ¡No les tengo miedo!"

Stepan agarró una piedra de las que habían recogido para tal propósito y, con un golpe fuerte, le destrozó la cabeza a Iván Mironov.

XV

Los asesinos de Iván Mirónov fueron llevados a juicio, entre ellos Stepan Pelageushkine, quien enfrentaba una acusación más grave que los demás, ya que todos los testigos habían declarado que fue él

quien aplastó la cabeza de Iván Mirónov con una piedra. Stepan no ocultó nada en el tribunal. Se limitó a explicar que, tras haber sido robado de sus dos últimos caballos, había informado a la policía. En ese momento, rastrear los caballos con la ayuda de ladrones profesionales entre los gitanos era relativamente fácil. Pero el oficial de policía no se lo permitió y no se ordenó ninguna búsqueda.

"No se podía hacer nada más con un hombre así. Nos ha arruinado a todos."

"¿Pero por qué los demás no lo atacaron? Fuiste tú quien le rompió la cabeza."

"Eso es falso. Todos caímos sobre él. El pueblo acordó matarlo. Yo solo le di el golpe final. ¿De qué sirve infligir sufrimientos innecesarios a un hombre?"

Los jueces se asombraron de la increíble calma con la que Stepan narra la historia de su crimen: cómo los campesinos cayeron sobre Iván Mirónov y cómo él le dio el golpe final. Stepan realmente no veía nada particularmente repugnante en este asesinato. Durante su servicio militar, en una ocasión le ordenaron disparar a un soldado y, ahora, con respecto a Iván Mirónov, no veía nada repulsivo en ello. "Un hombre fusilado es un hombre muerto, eso es todo. Hoy fue él, mañana podría ser yo", pensaba. Stepan solo fue sentenciado a un año de prisión, lo cual fue un castigo leve para lo que había hecho. Le quitaron su vestimenta de campesino y la guardaron en los almacenes de la prisión, y le dieron un traje de prisión y botas de fieltro en su lugar. Stepan nunca había tenido mucho respeto por las autoridades, pero ahora estaba completamente convencido de que todos los jefes, toda la gente fina, todos excepto el zar, que era el único que tenía piedad de los campesinos y era justo, todos eran ladrones que chupaban la sangre del pueblo. Todo lo que escuchó de los convictos deportados y de los sentenciados a trabajos forzados, con quienes se había hecho amigo en las prisiones, confirmó sus puntos de vista. Un hombre había sido sentenciado a trabajos forzados por haber acusado a sus superiores de un robo; otro por haber golpeado a un funcionario que había confiscado

injustamente la propiedad de un campesino; un tercero porque falsificó billetes. La gente acomodada, los comerciantes, podían hacer lo que quisieran y no les pasaba nada; pero un pobre campesino, por una nimiedad o sin razón alguna, era enviado a prisión para convertirse en alimento para los insectos.

Recibía visitas de su esposa mientras estaba en prisión. Su vida sin él era miserable, y, para empeorar las cosas, su cabaña fue destruida por un incendio. Quedó completamente arruinada y tuvo que mendigar con sus hijos. La miseria de su esposa amargó aún más a Stepan. Se llevaba muy mal con toda la gente en la prisión; era grosero con todos; y un día casi mató al cocinero con un hacha, por lo que recibió un año adicional en prisión. Durante ese año, recibió la noticia de que su esposa había muerto y que ya no tenía hogar.

Cuando Stepan terminó su tiempo en prisión, fue llevado a los almacenes de la prisión, y su propia vestimenta fue sacada del estante y se la entregaron.

"¿Adónde debo ir ahora?" le preguntó al oficial de la prisión, poniéndose su ropa vieja.

"Pues, a casa."

"No tengo hogar. Tendré que ir por el camino. El robo no será una ocupación agradable."

"En ese caso, pronto estarás de regreso aquí."

"No estoy tan seguro de eso."

Y Stepan dejó la prisión. Sin embargo, tomó el camino hacia su propio lugar. No tenía otro lugar adonde ir.

En su camino se detuvo para descansar una noche en una posada que tenía un bar público adjunto. La posada estaba dirigida por un hombre gordo de la ciudad, Vladimir, quien conocía a Stepan. Sabía que Stepan había sido encarcelado por mala suerte y no le importaba darle refugio por la noche. Era un hombre rico y había persuadido a la esposa de su vecino para que dejara a su esposo y

viniera a vivir con él. Ella vivía en su casa como su esposa y lo ayudaba en su negocio también.

Stepan sabía todo sobre los asuntos del posadero: cómo había perjudicado al campesino y cómo la mujer que vivía con él había dejado a su esposo. La veía ahora sentada a la mesa con un vestido rico y muy acalorada mientras bebía su té. Con gran condescendencia, ella le pidió a Stepan que tomara té con ella. No había otros viajeros hospedados en la posada esa noche. A Stepan le dieron un lugar en la cocina donde podría dormir. Matrena, así se llamaba la mujer, limpió la mesa y se fue a su habitación. Stepan se acostó en la gran estufa de la cocina, pero no podía dormir, y las astillas de madera puestas en la estufa para secar crujían bajo él mientras se revolvía de un lado a otro. No podía evitar pensar en la enorme panza de su anfitrión, que sobresalía debajo del cinturón de su camisa, la cual había perdido su color de tanto lavarla. ¿No sería una buena idea hacer una incisión limpia en esa panza? Y también en esa mujer, pensaba.

Un momento se decía a sí mismo: "Será mejor que me vaya de aquí mañana, ¡al diablo con todos ellos!" Pero luego volvía a pensar en Iván Mirónov y en la panza del posadero y en el cuello blanco de Matrena bañado en sudor. "Debo matar, y deben ser ambos."

Escuchó al gallo cantar por segunda vez.

"Debo hacerlo de inmediato, o llegará el amanecer." Había visto, antes de irse a la cama, un cuchillo y un hacha. Bajó de la estufa, tomó el cuchillo y el hacha, y salió por la puerta de la cocina. En ese mismo momento escuchó que se abría la cerradura de la puerta de entrada. El posadero estaba saliendo de la casa hacia el patio. Todo resultó contrario a lo que Stepan deseaba. No tuvo la oportunidad de usar el cuchillo; simplemente balanceó el hacha y partió la cabeza del posadero en dos. El hombre cayó en el umbral de la puerta y luego al suelo.

Stepan entró en el dormitorio. Matrena saltó de la cama y se quedó parada a su lado. Con el mismo hacha, Stepan la mató

también.

Luego encendió la vela, tomó el dinero del escritorio y se fue de la casa.

XVI

EN una pequeña ciudad de distrito, algo alejada de los otros edificios, vivía en su propia casa un anciano, un ex funcionario que se había dado a la bebida, junto con sus dos hijas y su yerno. La hija casada también era adicta a la bebida y llevaba una mala vida, y era la hija mayor, la viuda María Semenovna, una mujer arrugada de cincuenta años, quien mantenía a toda la familia. Ella tenía una pensión de doscientos cincuenta rublos al año, y la familia vivía de eso. María Semenovna hacía todo el trabajo en la casa, cuidaba al anciano padre borracho, que estaba muy débil, atendía al hijo de su hermana y se encargaba de toda la cocina y la limpieza de la familia. Y, como siempre ocurre, cualquier cosa que hubiera que hacer, se esperaba que ella la hiciera, y además, continuamente era regañada por las tres personas de la casa; su cuñado incluso la golpeaba cuando estaba borracho. Ella soportaba todo pacientemente y, como también siempre ocurre, cuanto más trabajo tenía que enfrentar, más rápido lograba terminarlo. Ayudaba a los pobres, sacrificando sus propias necesidades; les daba su ropa y era un ángel ministrante para los enfermos.

Una vez, el sastre cojo del pueblo estaba trabajando en la casa de María Semenovna. Tenía que remendar el abrigo de su anciano padre y reparar la chaqueta de piel de María Semenovna para que la usara en invierno cuando iba al mercado.

El sastre cojo era un hombre inteligente y observador: había visto a muchas personas diferentes debido a su profesión y le gustaba reflexionar, condenado como estaba a una vida sedentaria.

Habiendo trabajado una semana en la casa de María Semenovna, se asombró mucho de su vida. Un día, ella llegó a la cocina, donde él estaba sentado con su trabajo, para lavar una toalla, y comenzó a preguntarle cómo le iba. Él le contó sobre la injusticia que había sufrido de su hermano y cómo ahora vivía en su propia parcela de tierra, separada de la de su hermano.

"Pensé que estaría mejor así," dijo. "Pero ahora estoy tan pobre como antes."

"Es mucho mejor nunca cambiar, sino aceptar la vida tal como viene," dijo María Semenovna. "Aceptar la vida tal como viene," repitió.

"Bueno, me asombro de usted, María Semenovna," dijo el sastre cojo. "Usted sola hace el trabajo y es tan buena con todos. Pero veo que no le pagan con la misma moneda."

María Semenovna no dijo una palabra en respuesta.

"Me atrevo a decir que ha encontrado en los libros que somos recompensados en el cielo por el bien que hacemos aquí."

"No lo sabemos. Pero debemos tratar de hacer lo mejor que podamos."

"¿Eso está dicho en los libros?"

"En los libros también," dijo ella, y le leyó el Sermón de la Montaña. El sastre quedó muy impresionado. Cuando le pagaron por su trabajo y se fue a casa, no dejó de pensar en María Semenovna, tanto en lo que ella había dicho como en lo que le había leído.

XVII

Las opiniones de PETER NIKOLAEVICH SVENTIZKY sobre el campesinado habían cambiado para peor, y los campesinos tenían una opinión igualmente mala de él. En el transcurso de un solo año, talaron veintisiete robles en su bosque y quemaron un granero que no estaba asegurado. Peter Nikolaevich llegó a la conclusión de que no se podía tratar con la gente a su alrededor.

En ese mismo momento, el terrateniente Liventsov estaba tratando de encontrar un administrador para su finca, y el Mariscal de la Nobleza recomendó a Peter Nikolaevich como el hombre más capacitado en el distrito en la gestión de tierras. La finca propiedad de Liventsov era extremadamente grande, pero no generaba ingresos, ya que los campesinos se apropiaban de toda su riqueza para su propio beneficio. Peter Nikolaevich se comprometió a poner todo en orden; alquiló su propia tierra a otra persona y se estableció con su esposa en la finca de Liventsov, en una provincia distante en el río Volga.

A Peter Nikolaevich siempre le gustaba el orden y quería que las cosas se regularan por la ley; y ahora se sentía menos capaz de permitir que esos campesinos toscos y rudos se apoderaran, de manera completamente ilegal, de una propiedad que no les pertenecía. Estaba encantado de tener la oportunidad de darles una buena lección y se puso seriamente a trabajar de inmediato. Un campesino fue enviado a prisión por robar madera; a otro le dio una paliza por no haberse apartado del camino con su carro y no haberse quitado la gorra para saludarlo. En cuanto al terreno de pastoreo que era objeto de disputa y que los campesinos consideraban su propiedad, Peter Nikolaevich les informó que cualquier ganado suyo que pastara en él sería llevado por él.

Llegó la primavera y los campesinos, como lo habían hecho en años anteriores, llevaron su ganado a los prados pertenecientes al terrateniente. Peter Nikolaevich llamó a algunos de los hombres que trabajaban en la finca y les ordenó llevar el ganado a su corral. Los campesinos estaban trabajando en los campos y, sin hacer caso a los gritos de las mujeres, los hombres de Peter Nikolaevich lograron llevarse el ganado. Cuando llegaron a casa, los campesinos fueron en grupo al corral de la finca y pidieron su ganado. Peter Nikolaevich salió a hablar con ellos con un arma colgada al hombro; acababa de regresar de una inspección. Les dijo que no les devolvería su ganado a menos que pagaran una multa de cincuenta kopeks por cada cabeza de ganado mayor y veinte kopeks por cada oveja. Los campesinos declararon en voz alta que el terreno de pastoreo era su propiedad porque sus padres y abuelos lo habían usado, y protestaron diciendo que no tenía ningún derecho a poner la mano en su ganado.

"Devuélvanos nuestro ganado o lo lamentará," dijo un anciano acercándose a Peter Nikolaevich.

"¿Cómo lo lamentaré?" gritó Peter Nikolaevich, palideciendo y acercándose al anciano.

"Devuélvalos, villano, y no nos provoque."

"¿Qué?" gritó Peter Nikolaevich y le dio una bofetada al anciano en la cara.

"¿Te atreves a golpearme? Vamos, muchachos, ¡tomemos nuestro ganado por la fuerza!"

La multitud se acercó a él. Peter Nikolaevich intentó abrirse paso a través de ellos, pero los campesinos lo resistieron. Intentó usar la fuerza nuevamente.

Su arma, accidentalmente disparada en la refriega, mató a uno de los campesinos. Instantáneamente comenzó la pelea. Peter Nikolaevich fue pisoteado y cinco minutos después su cuerpo mutilado fue arrastrado hasta el barranco.

Los asesinos fueron juzgados por ley marcial y dos de ellos fueron sentenciados a la horca.

XVIII

En el pueblo donde vivía el sastre cojo, en el distrito de Zemliansk de la provincia de Voronesh, cinco campesinos ricos alquilaron al terrateniente cuarenta y dos hectáreas de tierra agrícola rica, negra como el alquitrán, y la arrendaron a los demás campesinos a quince a dieciocho rublos por hectárea. No se daba una sola hectárea por menos de doce rublos. Obtenían un beneficio muy rentable, y las cinco hectáreas que quedaban para cada uno de su grupo prácticamente no les costaban nada. Uno de los cinco campesinos murió y el sastre cojo recibió una oferta para tomar su lugar.

Cuando comenzaron a dividir la tierra, el sastre dejó de beber vodka y, al ser consultado sobre cuánta tierra debía dividirse y a quién debía darse, propuso dar parcelas a todos en igualdad de condiciones, sin cobrar a los arrendatarios más de lo debido por cada pedazo de tierra del monto pagado al terrateniente.

"¿Por qué?"

"No somos paganos, creo. Está muy bien para los amos ser injustos, pero nosotros somos verdaderos cristianos. Debemos hacer lo que Dios manda. Tal es la ley de Cristo."

"¿De dónde sacaste esa ley?"

"Está en el Libro, en los Evangelios; vengan a verme el domingo, les leeré algunos pasajes y luego conversaremos."

No todos vinieron a él el domingo, pero vinieron tres, y él comenzó a leerles.

Leyó cinco capítulos del Evangelio de San Mateo y hablaron. Solo un hombre, Iván Chouev, aceptó la lección y la llevó a cabo por completo, siguiendo la regla de Cristo en todo desde ese día. Su familia hizo lo mismo. De la tierra cultivable solo tomó lo que le correspondía y se negó a tomar más.

El sastre cojo e Iván tenían gente que los visitaba, y algunas de estas personas comenzaron a comprender el significado de los Evangelios y, en consecuencia, dejaron de fumar, beber, maldecir y usar lenguaje grosero y trataron de ayudarse unos a otros. También dejaron de ir a la iglesia y llevaron sus íconos al sacerdote del pueblo, diciendo que ya no los querían. El sacerdote se asustó y reportó lo ocurrido al obispo. El obispo no sabía qué hacer. Finalmente, resolvió enviar al archimandrita Missael al pueblo, el mismo que había sido el maestro de religión de Mitia Smokovnikov.

XIX

AL INVITAR al Padre Missael a tomar asiento, el obispo le contó lo que había ocurrido en su diócesis.

"Todo proviene de la debilidad de espíritu y de la ignorancia. Eres un hombre erudito y confío en ti. Ve al pueblo, reúne a los feligreses y convéncelos de su error."

"Si su Gracia me ordena ir y me da su bendición, haré todo lo posible," dijo el Padre Missael. Estaba muy complacido con la tarea que se le había encomendado. Cada oportunidad que podía

encontrar para demostrar la firmeza de su fe era una bendición para él. Al tratar de convencer a los demás, estaba principalmente interesado en persuadirse a sí mismo de que realmente tenía una fe firme.

"Haz tu mejor esfuerzo. Estoy muy angustiado por mi rebaño," dijo el obispo, tomando con tranquilidad una taza con sus manos blancas y regordetas de la sirvienta que traía el té.

"¿Por qué solo hay un tipo de mermelada? Trae otra," le dijo a la sirvienta. "Estoy muy angustiado," continuó, volviéndose hacia el Padre Missael.

Missael deseaba fervientemente demostrar su celo; pero, siendo un hombre de pocos medios, pidió que se le pagaran los gastos de su viaje; y, teniendo miedo de la gente ruda que podría estar mal dispuesta hacia él, también pidió al obispo que le consiguiera una orden del gobernador de la provincia, para que la policía local pudiera ayudarlo en caso de necesidad. El obispo cumplió con sus deseos y Missael preparó sus cosas con la ayuda de su sirvienta y su cocinera. Le proporcionaron una caja llena de vino y una cesta con los víveres que pudiera necesitar al ir a un lugar tan solitario. Totalmente provisto de todo lo que necesitaba, partió hacia el pueblo al que había sido comisionado. Era muy consciente de la importancia de su misión. Todas sus dudas sobre su propia fe desaparecieron y ahora estaba completamente convencido de su realidad.

Sus pensamientos, lejos de estar preocupados con la verdadera base de su credo, lo cual se aceptaba como un axioma, estaban ocupados con los argumentos en contra de las formas de culto.

XX

El sacerdote del pueblo y su esposa recibieron al Padre Missael con grandes honores, y al día siguiente de su llegada se invitó a los feligreses a reunirse en la iglesia. Missael, con una nueva sotana de seda, con una gran cruz en el pecho y su largo cabello cuidadosamente peinado, subió al púlpito; el sacerdote se paró a su lado, los diáconos y el coro a una pequeña distancia detrás de él, y las entradas laterales estaban custodiadas por la policía. También vinieron los disidentes con sus sucias pellizas de oveja.

Después del servicio, Missael pronunció un sermón, exhortando a los disidentes a regresar al seno de su madre, la Iglesia, amenazándolos con los tormentos del infierno y prometiendo pleno perdón a quienes se arrepintieran.

Al principio, los disidentes guardaron silencio. Luego, al ser interrogados, respondieron. A la pregunta de por qué disentían, dijeron que su principal razón era el hecho de que la Iglesia adoraba dioses hechos de madera, que, lejos de ser ordenados, eran condenados por las Escrituras.

Cuando Missael les preguntó si realmente consideraban que los santos íconos eran simples tablas de madera, Chouev respondió: "Mire la parte trasera de cualquier ícono que elija y verá de qué están hechos."

Cuando se les preguntó por qué se oponían a los sacerdotes, su respuesta fue que la Escritura dice: "Como lo habéis recibido sin costo, así debéis darlo a los demás; mientras que los sacerdotes requieren pago por la gracia que otorgan a través de los sacramentos." A todos los intentos que hizo Missael para oponerse a ellos con argumentos basados en las Sagradas Escrituras, el sastre e Iván Chouev dieron respuestas calmadas pero muy firmes,

contradiciendo sus afirmaciones con apelaciones a las Escrituras, que conocían extraordinariamente bien.

Missael se enojó y los amenazó con persecución por parte de las autoridades. Su respuesta fue: "Está dicho, He sido perseguido y también lo seréis."

La discusión no llevó a nada, y todo habría terminado bien si Missael no hubiera predicado al día siguiente en la misa, denunciando a los malvados seductores de los fieles y diciendo que merecían el peor castigo. Al salir de la iglesia, la multitud de campesinos comenzó a consultar si no sería bueno dar una lección a los infieles por perturbar las mentes de la comunidad. Ese mismo día, justo cuando Missael estaba disfrutando de un poco de salmón y pez-gato, cenando en casa del sacerdote del pueblo en compañía del inspector, surgió una violenta pelea en el pueblo. Los campesinos se reunieron en masa en la cabaña de Chouev y esperaron a que los disidentes salieran para darles una paliza.

Los disidentes reunidos en la cabaña sumaban unos veinte hombres y mujeres. El sermón de Missael y la actitud de los campesinos ortodoxos, junto con sus amenazas, despertaron en la mente de los disidentes sentimientos de ira, que antes les eran desconocidos. Era casi de noche, las mujeres tenían que ir a ordeñar las vacas y los campesinos seguían parados y esperando en la puerta.

Un muchacho que salió por la puerta fue golpeado y obligado a regresar a la casa. Las personas dentro comenzaron a consultar qué hacer y no llegaron a ningún acuerdo. El sastre dijo: "Debemos soportar lo que se nos haga y no resistir." Chouev respondió que si decidían seguir ese curso, todos ellos serían golpeados hasta la muerte. En consecuencia, agarró un atizador y salió de la casa. "¡Vamos!" gritó, "¡sigamos la ley de Moisés!" Y, cayendo sobre los campesinos, dejó tuerto a un hombre y, mientras tanto, todos los que habían estado en su casa lograron salir y dirigirse a sus hogares.

Chouev fue encarcelado y acusado de sedición y blasfemia.

XXI

Dos años antes de esos eventos, una joven fuerte y hermosa de tipo oriental, Katia Turchaninova, vino desde los asentamientos militares del Don a San Petersburgo para estudiar en la universidad para mujeres. En esa ciudad conoció a un estudiante, Turín, hijo de un gobernador de distrito en la provincia de Simbirsk, y se enamoró de él. Pero su amor no era del tipo ordinario, y no tenía deseos de convertirse en su esposa y madre de sus hijos. Él era un querido camarada para ella, y su principal vínculo de unión era un sentimiento de rebelión que tenían en común, así como el odio que sentían, no solo hacia las formas de gobierno existentes, sino hacia todos aquellos que representaban ese gobierno. También compartían la sensación de que ambos superaban a sus enemigos en cultura, en intelecto y en moralidad. Katia Turchaninova era una chica talentosa, poseía una buena memoria, gracias a la cual dominaba fácilmente las conferencias a las que asistía. Tenía éxito en sus exámenes y, además de eso, leía todos los libros nuevos. Estaba convencida de que su vocación no era dar a luz y criar hijos, y hasta veía esa tarea con disgusto y desprecio. Se consideraba elegida por el destino para destruir el gobierno actual, que estaba restringiendo las mejores habilidades de la nación, y para revelar al pueblo un estándar de vida más elevado, inculcado por los últimos escritores de otros países. Era hermosa, un poco inclinada a la corpulencia: tenía una buena complexión, ojos negros brillantes, abundante cabello negro. Inspiraba en los hombres que conocía sentimientos que ni deseaba ni tenía tiempo de compartir, ocupada como estaba en el trabajo de propaganda, que consistía principalmente en meras conversaciones. Sin embargo, no le disgustaba inspirar estos sentimientos; y, sin vestirse demasiado elegante, no descuidaba su apariencia. Le gustaba ser admirada, ya que le daba la oportunidad de mostrar cuán poco valoraba lo que otras mujeres apreciaban tanto.

En sus opiniones sobre el método de luchar contra el gobierno, iba más allá que la mayoría de sus camaradas y que su amigo Turín; enseñaba que todos los medios estaban justificados en tal lucha, sin excluir el asesinato. Y sin embargo, con todas sus ideas revolucionarias, Katia Turchaninova era en su alma una chica muy amable, dispuesta a sacrificarse por el bienestar y la felicidad de otras personas, y sinceramente complacida cuando podía hacer un favor a alguien, un niño, una persona mayor o un animal.

Fue en verano a quedarse con una amiga, una maestra de escuela en un pequeño pueblo en el río Volga. Turín vivía cerca de ese pueblo, en la finca de su padre. A menudo venía a ver a las dos chicas; se prestaban libros y tenían largas discusiones, expresando su común indignación con el estado de las cosas en el país. El médico del distrito, un amigo de ellos, también solía unirse a ellos en muchas ocasiones.

La finca de los Turín estaba situada en las cercanías de la finca de Liventsov, la que fue confiada a la gestión de Peter Nikolaevich Sventizky. Poco después de que Peter Nikolaevich se estableciera allí y comenzara a imponer orden, el joven Turín, al observar una tendencia independiente en los campesinos de la finca de Liventsov, así como su determinación de defender sus derechos, se interesó en ellos. Venía a menudo al pueblo para hablar con los hombres y desarrollaba sus teorías socialistas, insistiendo particularmente en la nacionalización de la tierra.

Después de que Peter Nikolaevich fuera asesinado y los asesinos enviados a juicio, el grupo revolucionario del pequeño pueblo se llenó de indignación y no dudó en expresarla abiertamente. El hecho de las visitas de Turín al pueblo y su trabajo de propaganda entre los estudiantes se conoció por las autoridades durante el juicio. Se hizo una redada en su casa y, como la policía encontró algunos folletos revolucionarios entre sus pertenencias, fue arrestado y transferido a la prisión en San Petersburgo.

Katia Turchaninova lo siguió a la metrópoli y fue a visitarlo a la prisión. No fue admitida el día que llegó, y le dijeron que viniera el

día fijado por las regulaciones para las visitas a los prisioneros. Cuando llegó ese día y finalmente se le permitió verlo, tuvo que hablar con él a través de dos rejas que separaban al prisionero de su visitante. Esta visita aumentó su indignación contra las autoridades. Y sus sentimientos se volvieron aún más revolucionarios después de una visita que hizo a la oficina de un oficial de gendarmería que tenía que ver con el caso de Turín. El oficial, un hombre apuesto, parecía obviamente dispuesto a concederle favores excepcionales en las visitas al prisionero si ella le permitía cortejarla. Asqueada por él, apeló al jefe de policía. Él fingió, al igual que el oficial cuando hablaba oficialmente con ella, estar impotente y depender enteramente de las órdenes del ministro del estado. Envió una petición al ministro pidiendo una entrevista, que fue rechazada.

Entonces decidió hacer algo desesperado y compró un revólver.

XXII

EL ministro estaba recibiendo a los peticionarios a la hora habitual designada para la recepción. Había hablado sucesivamente con tres de ellos, y ahora se acercaba una joven bonita con ojos negros, que sostenía una petición en su mano izquierda. Los ojos del ministro brillaron al ver lo atractiva que era la peticionaria, pero recordando su alta posición, puso una cara seria.

"¿Qué desea?" preguntó, acercándose a donde ella estaba. Sin responder a su pregunta, la joven sacó rápidamente un revólver de debajo de su capa y, apuntándolo al pecho del ministro, disparó, pero falló.

El ministro se abalanzó sobre ella, tratando de agarrar su mano, pero ella escapó, y dando un paso atrás, disparó por segunda vez. El ministro salió corriendo de la habitación. La mujer fue inmediatamente apresada. Estaba temblando violentamente y no podía articular una sola palabra; después de un rato, de repente estalló en una risa histérica. El ministro no estaba ni siquiera herido.

Esa mujer era Katia Turchaninova. Fue llevada a la prisión de detención preventiva. El ministro recibió felicitaciones y muestras de simpatía de las más altas esferas, e incluso del propio emperador, quien nombró una comisión para investigar el complot que había llevado al intento de asesinato. De hecho, no había ningún complot, pero los funcionarios de la policía y los detectives se pusieron a trabajar con el mayor celo para descubrir todos los hilos de la conspiración inexistente. Hicieron todo lo posible para merecer los honorarios que se les pagaban; se levantaban en las primeras horas de la mañana, registraban una casa tras otra, tomaban copias de los papeles y libros que encontraban, leían diarios, cartas personales, hacían extractos de ellos en el mejor papel de carta y con una hermosa caligrafía, interrogaban a Katia Turchaninova muchas veces y la confrontaban con todos aquellos que sospechaban de conspiración, para arrancarle los nombres de sus cómplices.

El ministro, un hombre de buen corazón, lamentaba sinceramente a la chica bonita. Pero se decía a sí mismo que estaba obligado a considerar sus altas responsabilidades impuestas, aunque no implicaran mucho trabajo y esfuerzo. Así que, cuando su antiguo colega, un chambelán y amigo de los Turín, lo encontró en un baile de la corte y trató de despertar su compasión por Turín y la chica Turchaninova, se encogió de hombros, estirando la cinta roja sobre su chaleco blanco, y dijo: "Je ne demanderais pas mieux que de relacher cette pauvre fillette, mais vous savez le devoir." Y mientras tanto, Katia Turchaninova fue mantenida en prisión. A veces estaba en un estado de ánimo tranquilo, se comunicaba con sus compañeros prisioneros golpeando las paredes y leía los libros que le enviaban. Pero luego llegaban días en que tenía ataques de furia

desesperada, golpeando con los puños contra la pared, gritando y riendo como una loca.

XXIII

UN día María Semenovna regresó a casa desde la oficina del tesorero, donde había recibido su pensión. En el camino se encontró con un maestro de escuela, amigo suyo.

"Buenos días, María Semenovna. ¿Ha recibido su dinero?" preguntó el maestro, en voz alta desde el otro lado de la calle.

"Sí," respondió María Semenovna. "Pero no fue mucho; solo lo suficiente para tapar los agujeros."

"Oh, debe haber algunas ganancias ordenadas de tanto dinero," dijo el maestro, y siguió su camino después de haber dicho adiós.

"Adiós," dijo María Semenovna. Mientras miraba a su amigo, se encontró cara a cara con un hombre alto, que tenía brazos muy largos y una mirada severa en sus ojos. Al llegar a su casa, se sorprendió mucho al ver nuevamente al mismo hombre de los brazos largos, que evidentemente la había seguido. Se quedó parado un momento después de que ella entró, luego se dio la vuelta y se fue.

María Semenovna se sintió un poco asustada al principio. Pero cuando entró a la casa, y le dio a su padre y a su sobrino Fedia los regalos que les había traído, y acarició al perro Tesoro, que gemía de alegría, olvidó sus miedos. Le dio el dinero a su padre y comenzó a trabajar, ya que siempre había mucho que hacer.

El hombre que se encontró cara a cara era Stepan.

Después de haber matado al posadero, no regresó a la ciudad. Curiosamente, no lamentaba haber cometido ese asesinato. Su mente volvía al hombre asesinado una y otra vez durante el día siguiente; y le gustaba el recuerdo de haber hecho la cosa tan hábilmente, tan astutamente, que nadie lo descubriría, y por lo tanto no se vería impedido de asesinar a otras personas de la misma manera. Sentado en la taberna y tomando su té, miraba a la gente a su alrededor con el mismo pensamiento de cómo los asesinaría. Por la noche fue a la casa de un carretero, un hombre de su aldea, para pasar la noche en su casa. El carretero no estaba. Dijo que lo esperaría, y mientras tanto comenzó a hablar con la esposa del carretero. Pero cuando ella se movió hacia la estufa, dándole la espalda, la idea de matarla le vino a la mente. Se maravilló de sí mismo al principio y sacudió la cabeza; pero al momento siguiente agarró el cuchillo que había escondido en su bota, derribó a la mujer al suelo y le cortó la garganta. Cuando los niños comenzaron a gritar, también los mató y se fue. No buscó otro lugar para pasar la noche, sino que dejó la ciudad de inmediato. En un pueblo a cierta distancia, fue a la posada y durmió allí. Al día siguiente regresó a la ciudad del distrito, y allí escuchó en la calle la conversación de María Semenovna con el maestro de escuela. Su mirada lo asustó, pero aun así decidió meterse en su casa y robarle el dinero que había recibido. Cuando llegó la noche, rompió la cerradura y entró en la casa. La primera persona que escuchó sus pasos fue la hija menor, la casada. Ella gritó. Stepan la apuñaló de inmediato con su cuchillo. Su esposo se despertó y se abalanzó sobre Stepan, lo agarró por la garganta y luchó desesperadamente con él. Pero Stepan era más fuerte y lo dominó. Después de asesinarlo, Stepan, excitado por la larga lucha, entró en la habitación contigua detrás de una partición. Esa era la habitación de María Semenovna. Ella se levantó en su cama, miró a Stepan con sus ojos suaves y asustados, y se persignó.

Una vez más, su mirada asustó a Stepan. Bajó los ojos.

"¿Dónde está tu dinero?" preguntó, sin levantar la cara.

Ella no respondió.

"¿Dónde está el dinero?" preguntó Stepan de nuevo, mostrándole su cuchillo.

"¿Cómo puedes...?" dijo ella.

"Verás cómo."

Stepan se acercó a ella para agarrarle las manos y evitar que luchara con él, pero ella ni siquiera intentó levantar los brazos ni ofreció resistencia; presionó sus manos contra su pecho y suspiró profundamente.

"Oh, ¡qué gran pecado!" exclamó. "¡Cómo puedes! Ten piedad de ti mismo. Destruir el alma de alguien... y peor aún, la tuya propia!..."

Stepan no pudo soportar más su voz y le pasó el cuchillo bruscamente por la garganta. "¡Deja de hablar!" dijo. Ella cayó hacia atrás con un grito ronco y la almohada se manchó de sangre. Él se dio la vuelta y recorrió las habitaciones para recoger todo lo que consideraba valioso. Habiendo hecho un paquete con las cosas más valiosas, encendió un cigarrillo, se sentó un rato, se cepilló la ropa y salió de la casa. Pensó que este asesinato no le importaría más que los que había cometido antes; pero antes de encontrar un lugar para pasar la noche, se sintió de repente tan exhausto que no pudo caminar más. Se bajó a la cuneta y permaneció allí tumbado el resto de la noche y el día siguiente y la siguiente noche.

PARTE II

I

Todo el tiempo que Stepan estuvo tumbado en la cuneta, vio continuamente ante sus ojos el rostro delgado, amable y asustado de María Semiónovna, y parecía escuchar su voz. "¿Cómo puedes?", seguía diciendo en su imaginación, con su peculiar voz ceceante. Stepan veía una y otra vez todo lo que le había hecho. Horrorizado, cerraba los ojos y sacudía su cabeza peluda para alejar esos pensamientos y recuerdos. Por un momento lograba deshacerse de ellos, pero en su lugar aparecían horribles rostros negros con ojos rojos que lo asustaban continuamente. Se burlaban de él y repetían: "Ahora que la has matado, debes acabar contigo mismo, o no te dejaremos en paz". Abría los ojos, y nuevamente la veía a ELLA y escuchaba su voz; y sentía una inmensa compasión por ella y un profundo horror y disgusto consigo mismo. Una vez más cerraba los ojos, y los rostros negros reaparecían. Hacia la tarde del día siguiente se levantó y, casi sin fuerzas, fue a una taberna. Allí pidió una bebida, y repitió sus demandas una y otra vez, pero ninguna cantidad de licor pudo embriagarlo. Estaba sentado en una mesa, y tragaba silenciosamente un vaso tras otro.

Un oficial de policía entró. "¿Quién eres tú?" le preguntó a Stepan.

"Soy el hombre que asesinó a toda la familia Dobrotvórov anoche", respondió.

Fue arrestado, atado con cuerdas y llevado a la comisaría más cercana; al día siguiente fue trasladado a la prisión de la ciudad. El

inspector de la prisión lo reconoció como un antiguo recluso, y uno muy turbulento; y, al enterarse de que ahora se había convertido en un verdadero criminal, lo abordó con mucha dureza.

"Será mejor que te comportes aquí", dijo con voz ronca, frunciendo el ceño y sacando la mandíbula inferior. "¡En el momento en que no te comportes, te azotaré hasta matarte! ¡No intentes escapar, me encargaré de eso!"

"No tengo deseos de escapar", dijo Stepan, bajando los ojos. "Me entregué por mi propia voluntad."

"¡Cállate! Debes mirar directamente a los ojos de tu superior cuando hables con él", gritó el inspector, y golpeó a Stepan con el puño bajo la mandíbula.

En ese momento Stepan volvió a ver a la mujer asesinada ante él, y escuchó su voz; por lo tanto, no prestó atención a las palabras del inspector.

"¿Qué?" preguntó, volviendo en sí cuando sintió el golpe en su rostro.

"¡Vete! No pretendas que no escuchas."

El inspector esperaba que Stepan fuera violento, que hablara con los otros prisioneros, que intentara escapar de la prisión. Pero nada de eso ocurrió. Cada vez que el guardia o el propio inspector miraban dentro de su celda a través del agujero en la puerta, veían a Stepan sentado en un saco lleno de paja, sosteniendo su cabeza con las manos y susurrando para sí mismo. Al ser llevado ante el magistrado instructor encargado de su caso, no se comportó como un convicto ordinario. Estaba muy ausente, apenas escuchando las preguntas; pero cuando escuchaba lo que se le preguntaba, respondía con sinceridad, causando la mayor perplejidad al magistrado, quien, acostumbrado como estaba a la necesidad de ser muy astuto y muy sagaz con los convictos, sentía una extraña sensación, como si estuviera levantando el pie para subir un escalón y no encontrara ninguno. Stepan le contó la historia de todos sus asesinatos; y lo hizo frunciendo el ceño, con una expresión fija, en

una voz tranquila y profesional, tratando de recordar todas las circunstancias de sus crímenes. "Salió de la casa", dijo Stepan, narrando el cuento de su primer asesinato, "y se quedó descalzo en la puerta; lo golpeé, y solo gimió; fui a su esposa, ...". Y así sucesivamente.

Un día el magistrado, visitando las celdas de la prisión, preguntó a Stepan si tenía alguna queja o algún deseo que pudiera serle concedido. Stepan dijo que no tenía ningún deseo y no tenía nada de qué quejarse sobre la forma en que era tratado en la prisión. El magistrado, al dejarlo, dio unos pasos por el pasillo sucio, luego se detuvo y preguntó al gobernador que lo había acompañado en su visita cómo se estaba comportando este prisionero.

"Simplemente me asombra", dijo el gobernador, que estaba muy complacido con Stepan y hablaba bien de él. "Lleva con nosotros unos dos meses y podría ser considerado un modelo de buen comportamiento. Pero temo que esté tramando algún mal. Es un hombre atrevido y excepcionalmente fuerte."

II

Durante el primer mes en la prisión, Stepan sufrió de la misma visión angustiante. Veía la pared gris de su celda, escuchaba los sonidos de la prisión; el ruido de la celda debajo de él, donde un número de convictos estaban confinados juntos; el golpe del reloj de la prisión; los pasos del centinela en el pasillo; pero al mismo tiempo la veía a ELLA con ese rostro amable que conquistó su corazón la primera vez que la encontró en la calle, con ese cuello delgado y

marcado, y escuchaba su suave, ceceante y patética voz: "Destruir el alma de alguien... y, peor aún, la tuya... ¿Cómo puedes?..."

Después de un tiempo, su voz se desvanecía, y entonces aparecían los rostros negros. Aparecían ya tuviera los ojos abiertos o cerrados. Con los ojos cerrados los veía más claramente. Cuando abría los ojos, desaparecían por un momento, fundiéndose con las paredes y la puerta; pero después de un rato reaparecían y lo rodeaban desde tres lados, burlándose de él y diciendo una y otra vez: "¡Ponle fin! ¡Ponle fin! ¡Cuélgate! ¡Incéndiate!" Stepan temblaba todo cuando escuchaba eso, e intentaba decir todas las oraciones que conocía: "Nuestra Señora" o "Padre Nuestro". Al principio esto parecía ayudar. Al decir sus oraciones, comenzaba a recordar toda su vida; su padre, su madre, el pueblo, el perro "Lobo", el abuelo viejo acostado en la estufa, el banco en el que solían jugar los niños; luego las chicas del pueblo con sus canciones, sus caballos y cómo se los habían robado, y cómo atraparon al ladrón y cómo lo mató con una piedra. Recordaba también la primera prisión en la que estuvo y su salida de ella, y el gordo posadero, la esposa del carretero y los niños. Luego, nuevamente ELLA venía a su mente y nuevamente se aterrorizaba. Tirando su abrigo de prisión de sus hombros, saltaba de la cama y, como un animal salvaje en una jaula, comenzaba a caminar de un lado a otro de su pequeña celda, girando rápidamente cuando llegaba a las paredes húmedas. Una vez más intentaba rezar, pero ahora no servía de nada.

Llegó el otoño con sus largas noches. Una noche, cuando el viento silbaba y aullaba en las tuberías, Stepan, después de haber caminado de un lado a otro de su celda durante mucho tiempo, se sentó en su cama. Sentía que ya no podía luchar más; los demonios negros lo habían vencido y tenía que someterse. Durante algún tiempo había estado mirando el embudo del horno. Si podía fijar en el pomo de su tapa un lazo hecho de tiras delgadas de correas de lino, aguantaría. Pero tendría que hacerlo muy hábilmente. Se puso a trabajar y pasó dos días haciendo tiras con la bolsa de lino sobre la que dormía. Cuando el guardia entraba en la celda, cubría la cama con su abrigo. Ató las tiras con grandes nudos y las hizo dobles, para

que fueran lo suficientemente fuertes como para soportar su peso. Durante estos preparativos, estuvo libre de visiones atormentadoras. Cuando las tiras estuvieron listas, hizo un nudo corredizo con ellas y se lo puso alrededor del cuello, se paró en su cama y se ahorcó. Pero en el mismo momento en que su lengua comenzaba a sobresalir, las tiras se soltaron y cayó. El guardia entró corriendo al oír el ruido. Llamaron al médico y llevaron a Stepan a la enfermería. Al día siguiente se recuperó y fue trasladado de la enfermería, no más a la celda solitaria, sino a compartir la celda común con otros prisioneros.

En la celda común vivía en compañía de veinte hombres, pero se sentía como si estuviera completamente solo. No notaba la presencia de los demás; no hablaba con nadie y era atormentado por la vieja agonía. Lo sentía más cuando los hombres estaban durmiendo y él no podía conciliar el sueño ni por un momento. Continuamente la veía a ELLA ante sus ojos, escuchaba su voz, y luego nuevamente los demonios negros con sus horribles ojos venían y lo torturaban como de costumbre.

Nuevamente intentó decir sus oraciones, pero, como antes, no le servían de ayuda. Un día, cuando después de sus oraciones, ella apareció nuevamente ante sus ojos, comenzó a implorarle a su querida alma que perdonara su pecado y lo liberara. Hacia la mañana, cuando cayó completamente exhausto sobre su bolsa de lino aplastada, se quedó dormido de inmediato, y en su sueño ella vino a él con su delgado, arrugado y cortado cuello. "¿Me perdonarás?", preguntó. Ella lo miró con sus ojos amables y no respondió. "¿Me perdonarás?" Y así le preguntó tres veces. Pero ella no dijo una palabra y él se despertó. Desde ese momento en adelante, sufrió menos y parecía volver en sí, miraba a su alrededor y comenzaba por primera vez a hablar con los otros hombres en la celda.

III

La celda de Stepan la compartían, entre otros, el antiguo portero, Vasily, quien había sido sentenciado a deportación por robo, y Chouev, también sentenciado a deportación. Vasily cantaba canciones todo el día con su hermosa voz, o contaba sus aventuras a los otros hombres en la celda. Chouev trabajaba en algo todo el día, remendando su ropa o leyendo el Evangelio y el Salterio.

Stepan le preguntó por qué estaba en prisión, y Chouev respondió que estaba siendo perseguido por su verdadera fe cristiana por los sacerdotes, quienes eran todos hipócritas y odiaban a aquellos que seguían la ley de Cristo. Stepan le preguntó cuál era esa verdadera ley, y Chouev le explicó que la verdadera ley consiste en no adorar dioses hechos con manos, sino adorar al espíritu y a la verdad. Le contó cómo había aprendido la verdad del sastre cojo en el momento en que estaban dividiendo la tierra.

"¿Y qué pasará con aquellos que han hecho el mal?" preguntó Stepan.

"Las Escrituras dan respuesta a eso", dijo Chouev, y leyó en voz alta a Mateo xxv. 31: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria; y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará a los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo:

Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos? ¿O sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos? ¿O desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces él les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna."

Vasily, quien estaba sentado en el suelo al lado de Chouev y escuchaba su lectura del Evangelio, asintió con su cabeza en señal de aprobación. "Verdad", dijo con tono resolutivo. "¡Id, malditos villanos, al castigo eterno, ya que no disteis de comer al hambriento, sino que os lo tragasteis todo! ¡Bien merecido! He leído los escritos del santo Nicodim", añadió, mostrando su erudición.

"¿Y nunca serán perdonados?" preguntó Stepan, quien había escuchado en silencio, con su cabeza peluda inclinada hacia abajo.

"Espera un momento y guarda silencio", dijo Chouev a Vasily, quien seguía hablando sobre los ricos que no habían dado de comer al forastero ni lo habían visitado en la cárcel.

"¡Espera, digo!" dijo Chouev, volviendo a pasar las hojas del Evangelio. Habiendo encontrado lo que buscaba, Chouev alisó la página con su gran y fuerte mano, que se había vuelto extremadamente blanca en prisión:

"Y llevaban también con él a otros dos, malhechores, para ser muertos. Y cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha, y el otro a la izquierda. Entonces Jesús dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. Y el pueblo estaba mirando, y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios. Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, y diciendo: Si tú eres el Rey de los Judíos, sálvate a ti mismo. Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS. Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso."

Stepan no dijo nada, y estaba sentado en pensamiento, como si estuviera escuchando.

Ahora sabía cuál era la verdadera fe. Solo se salvarán aquellos que hayan dado de comer y beber a los pobres y hayan visitado a los prisioneros; aquellos que no lo hayan hecho, irán al infierno. Y aun así el malhechor se había arrepentido en la cruz y, sin embargo, fue al paraíso. Esto no le parecía inconsistente. Todo lo contrario. Lo uno confirmaba lo otro: el hecho de que los misericordiosos irán al Cielo y los inmisericordes al infierno significaba que todos debían ser misericordiosos, y el malhechor habiendo sido perdonado por Cristo significaba que Cristo era misericordioso. Todo esto era nuevo para Stepan, y se preguntaba por qué le había estado oculto tanto tiempo.

Desde ese día en adelante pasó todo su tiempo libre con Chouev, haciéndole preguntas y escuchándolo. Veía solo una verdad

fundamental en la enseñanza de Cristo tal como le había sido revelada por Chouev: que todos los hombres son hermanos y que deben amarse y compadecerse unos a otros para que todos puedan ser felices. Y cuando escuchaba a Chouev, todo lo que era consistente con esta verdad fundamental le llegaba como algo que ya conocía y solo había olvidado, mientras que todo lo que escuchaba que parecía contradecirlo, no le prestaba atención, ya que pensaba que simplemente no había entendido el verdadero significado. Y desde ese momento Stepan fue un hombre diferente.

IV

Stepan había sido muy sumiso y manso desde que llegó a la prisión, pero ahora hizo que las autoridades de la prisión y todos sus compañeros de celda se maravillaran del cambio en él. Sin ser ordenado, y fuera de su turno, hacía todo el trabajo más duro en la prisión, y el más sucio también. Pero a pesar de su humildad, los otros prisioneros le temían y respetaban, ya que sabían que era un hombre decidido y poseía una gran fuerza física. Su respeto por él aumentó después del incidente con los dos vagabundos que se le abalanzaron; él se soltó de ellos y le rompió el brazo a uno de ellos en la pelea. Estos vagabundos habían jugado con un joven prisionero de algunos medios y lo habían despojado de todo su dinero. Stepan tomó su parte y despojó a los vagabundos de sus ganancias. Los vagabundos lo insultaron; pero cuando lo atacaron, él los venció. Cuando el gobernador preguntó cómo había comenzado la pelea, los vagabundos declararon que Stepan había comenzado. Stepan no intentó excusarse y soportó pacientemente

su sentencia, que fue de tres días en la celda de castigo, y después de eso, confinamiento solitario.

En su celda solitaria sufría porque ya no podía escuchar a Chouev y su Evangelio. También tenía miedo de que las antiguas visiones de ELLA y de los demonios negros reaparecieran para atormentarlo. Pero las visiones se habían ido para siempre. Su alma estaba llena de nuevas y felices ideas. Se sentía contento de estar solo si solo podía leer, y si tenía el Evangelio. Sabía que podría haber conseguido el Evangelio, pero no podía leer.

Había empezado a aprender el alfabeto en su infancia, pero no podía entender la unión de las sílabas, y permaneció analfabeto. Decidió empezar a leer de nuevo y pidió al guardia que le trajera los Evangelios. Se los trajeron y se sentó a trabajar. Logró recordar las letras, pero no podía unir las sílabas. Intentó con todas sus fuerzas entender cómo se debían juntar las letras para formar palabras, pero sin ningún resultado. Perdió el sueño, no tenía ganas de comer y una profunda tristeza se apoderó de él, que no pudo sacudirse.

"Bueno, ¿no lo has dominado todavía?" preguntó el guardia un día.

"No."

"¿Sabes 'Padre Nuestro'?"

"Sí."

"Entonces léelo en los Evangelios. Aquí está", dijo el guardia, mostrándole la oración en los Evangelios. Stepan comenzó a leerla, comparando las letras que conocía con los sonidos familiares.

Y de repente se le reveló el misterio de las sílabas, y comenzó a leer. Esto fue una gran alegría. Desde ese momento pudo leer, y el significado de las palabras, deletreadas con tanto esfuerzo, se volvió más significativo.

A Stepan ya no le importaba estar solo. Estaba tan absorto en su trabajo que no se sintió contento cuando lo trasladaron de nuevo a

la celda común, ya que su celda privada era necesaria para un prisionero político que acababa de ser enviado a prisión.

V

Mientras tanto, Mahin, el escolar que había enseñado a su amigo Smokovnikov a falsificar el cupón, había terminado su carrera en la escuela y luego en la universidad, donde había estudiado derecho. Tenía la ventaja de ser del agrado de las mujeres, y como había ganado el favor de la antigua amante de un vice-ministro, fue nombrado, cuando aún era joven, magistrado instructor. Era deshonesto, tenía deudas, había jugado y había seducido a muchas mujeres; pero era inteligente, sagaz y un buen magistrado. Fue nombrado para el tribunal del distrito donde Stepan Pelageushkine había sido juzgado. Cuando Stepan fue llevado ante él por primera vez para dar testimonio, sus respuestas sinceras y tranquilas desconcertaron al magistrado. De alguna manera inconscientemente sentía que este hombre, llevado ante él con grilletes y con la cabeza rapada, custodiado por dos soldados que esperaban llevarlo de regreso a la prisión, tenía un alma libre y era inmensamente superior a él mismo. En consecuencia, se sintió algo perturbado y tuvo que reunir todo su valor para continuar con la investigación y no cometer errores en sus preguntas. Se asombró de que Stepan narrara la historia de sus crímenes como si fueran cosas de mucho tiempo atrás, y cometidas no por él, sino por un hombre diferente.

"¿No sentías compasión por ellos?" preguntó Mahin.

"No. No lo sabía entonces."

"Bueno, ¿y ahora?"

Stepan sonrió con una triste sonrisa. "Ahora", dijo, "no lo haría ni aunque me quemaran vivo."

"¿Pero por qué?"

"Porque he llegado a saber que todos los hombres son hermanos."

"¿Y qué hay de mí? ¿Soy yo también tu hermano?"

"Por supuesto que lo eres."

"¿Y cómo es que yo, tu hermano, te estoy enviando a trabajos forzados?"

"Es porque no sabes."

"¿Qué es lo que no sé?"

"Ya que juzgas, obviamente no sabes."

"Continúa... ¿Qué sigue?"

VI

Ahora no era Chouev, sino Stepan quien solía leer el evangelio en la celda común. Algunos de los prisioneros cantaban canciones vulgares, mientras que otros escuchaban a Stepan leer el evangelio y hablar sobre lo que había leído. Los más atentos entre los que escuchaban eran dos de los prisioneros, Vasily, y un convicto llamado Mahorkin, un asesino que se había convertido en verdugo. Dos veces durante su estancia en esta prisión fue llamado para

cumplir el deber de verdugo, y ambas veces en lugares lejanos donde no se encontraba a nadie para ejecutar las sentencias.

Dos de los campesinos que habían matado a Peter Nikolaevich Sventizky, habían sido condenados a la horca, y Mahorkin fue ordenado ir a Penza para ahorcarlos. En todas las ocasiones anteriores solía escribir una petición al gobernador de la provincia--sabía bien leer y escribir--diciendo que había sido ordenado cumplir con su deber, y pidiendo dinero para sus gastos. Pero ahora, para el mayor asombro de las autoridades de la prisión, dijo que no tenía intención de ir, y añadió que no sería verdugo nunca más.

"¿Y qué hay de los azotes?" gritó el gobernador de la prisión.

"Tendré que soportarlo, ya que la ley nos manda no matar."

"¿Eso lo sacaste de Pelageushkine? ¡Vaya profeta de prisión! ¡Espera y verás cuánto te costará esto!"

Cuando Mahin se enteró de ese incidente, quedó muy impresionado por el hecho de la influencia de Stepan sobre el verdugo, quien se negaba a cumplir con su deber, corriendo el riesgo de ser ahorcado él mismo por insubordinación.

VII

En una fiesta vespertina en casa de los Eropkin, Mahin, quien estaba cortejando a las dos hijas jóvenes de la casa--ambas eran partidos ricos--tras haber ganado gran aplauso por su excelente canto y tocar el piano, comenzó a contar a la compañía sobre el extraño convicto que había convertido al verdugo. Mahin contó su

historia con mucha precisión, ya que tenía muy buena memoria, que era aún más retentiva debido a su total indiferencia hacia aquellos con quienes tenía que tratar. Nunca prestaba la menor atención a los sentimientos de los demás, y por lo tanto era mejor capaz de retener todo lo que hacían o decían en su memoria. Se interesó en Stepan Pelageushkine, y, aunque no lo entendía completamente, se preguntaba involuntariamente qué le pasaba al hombre. No encontraba respuesta, pero sintiendo que ciertamente había algo notable en el alma de Stepan, contó a la compañía de los Eropkin todo sobre la conversión de Stepan del verdugo, y también sobre su extraño comportamiento en prisión, su lectura de los Evangelios y su gran influencia sobre los demás prisioneros. Todo esto causó una impresión especial en la hija menor de la familia, Lisa, una chica de dieciocho años, que recién se recuperaba de la vida artificial que había estado viviendo en un internado; sentía como si hubiera emergido del agua y estaba tomando el aire fresco de la vida verdadera con éxtasis. Le pidió a Mahin que le contara más sobre el hombre Pelageushkine y que le explicara cómo había ocurrido un cambio tan grande en él. Mahin le contó lo que sabía del oficial de policía sobre el último asesinato de Stepan, y también lo que había escuchado del propio Pelageushkine--cómo había sido conquistado por la humildad, la amabilidad y la valentía de una mujer bondadosa, que había sido su última víctima, y cómo se le habían abierto los ojos, mientras que la lectura de los Evangelios había completado el cambio en él.

Lisa Eropkin no pudo dormir esa noche. Durante un par de meses, en su corazón había habido una lucha entre la vida social, en la que su hermana la arrastraba, y su infatuación por Mahin, combinada con un deseo de reformarlo. Este segundo deseo ahora se volvió más fuerte. Ya había oído hablar de la pobre María Semiónovna. Pero, después de que esa mujer bondadosa había sido asesinada de manera tan espantosa, y después de que Mahin, que lo supo de Stepan, le había comunicado todos los hechos sobre la vida de María Semiónovna, Lisa deseaba apasionadamente convertirse en alguien como ella. Era una chica rica, y temía que Mahin la estuviera

cortejando por su dinero. Así que decidió dar todo lo que poseía a los pobres y se lo dijo a Mahin.

Mahin estaba muy contento de demostrar su desinterés, y le dijo a Lisa que la amaba a ella y no a su dinero. Tal prueba de su innata nobleza hizo que se admirara aún más a sí mismo. Mahin ayudó a Lisa a llevar a cabo su decisión. Y cuanto más lo hacía, más llegaba a darse cuenta del nuevo mundo de las ambiciones espirituales de Lisa, totalmente desconocido para él hasta entonces.

VIII

Todos estaban en silencio en la celda común. Stepan estaba acostado en su cama, pero aún no dormía. Vasily se le acercó y, tirándole de la pierna, le pidió en un susurro que se levantara y viniera con él. Stepan se levantó de su cama y se acercó a Vasily.

"Hazme un favor, hermano," dijo Vasily. "¡Ayúdame!"

"¿En qué?"

"Voy a escapar de la prisión."

Vasily le contó a Stepan que tenía todo listo para su fuga.

"Mañana los agitaré..." Señaló a los prisioneros que dormían en sus camas. "Me delatarán, y me trasladarán a la celda del piso superior. Conozco el camino desde allí. Lo que necesito de ti es que desenrosques el soporte en la puerta del depósito de cadáveres."

"Puedo hacer eso. Pero, ¿a dónde irás?"

"No me importa a dónde. ¿No hay suficientes personas malvadas en todos lados?"

"Así es, hermano. Pero no nos corresponde juzgarlas."

"No soy un asesino, seguro. Nunca he matado a un alma viviente en mi vida. En cuanto a robar, no veo ningún mal en eso. ¡Como si no nos hubieran robado a nosotros!"

"Que ellos respondan por eso, si lo hacen."

"¡A la mierda con todos! Supongamos que robo una iglesia, ¿a quién le hará daño? Esta vez me aseguraré de no irrumpir en una tienda pequeña, sino de conseguir mucho dinero, y luego ayudaré a la gente con él. Se lo daré a todas las personas buenas."

Uno de los prisioneros se levantó en su cama y escuchó. Stepan y Vasily interrumpieron su conversación. Al día siguiente, Vasily llevó a cabo su idea. Comenzó a quejarse del pan en la prisión, diciendo que estaba húmedo, e indujo a los prisioneros a llamar al gobernador y expresarle su descontento. El gobernador vino, los insultó a todos, y al enterarse de que Vasily había incitado a los hombres, ordenó que lo trasladaran a la celda de confinamiento solitario en el piso superior. Esto era todo lo que Vasily quería.

IX

Vasily conocía bien esa celda en el piso superior. Conocía su suelo y comenzó de inmediato a quitar pedazos de él. Cuando logró meterse debajo del suelo, sacó piezas del techo inferior y saltó al depósito de cadáveres un piso abajo. Ese día, solo había un cadáver sobre la mesa. En una esquina de la habitación había sacos para hacer colchones de heno para los prisioneros. Vasily sabía de los sacos, y por eso el depósito de cadáveres le servía. El soporte de la

puerta había sido desenroscado y vuelto a colocar. Lo sacó, abrió la puerta y salió al pasillo hacia el baño que se estaba construyendo. En el baño había un gran agujero que conectaba el tercer piso con el sótano. Después de encontrar la puerta del baño, regresó al depósito de cadáveres, quitó la sábana del cadáver, que estaba frío como el hielo (al quitar la sábana, Vasily tocó su mano), tomó los sacos, los ató juntos para hacer una cuerda y la llevó al baño. Luego la ató a la viga transversal y bajó por ella. La cuerda no llegaba al suelo, pero no sabía cuánto faltaba. De todos modos, tenía que arriesgarse. Quedó colgando en el aire y luego saltó. Sus piernas se lastimaron gravemente, pero aún podía caminar. El sótano tenía dos ventanas; podría haber salido por una de ellas si no fuera por las rejas que las protegían. Tenía que romper la reja, pero no tenía herramienta para hacerlo. Vasily comenzó a mirar a su alrededor y se encontró con un pedazo de tabla con un borde afilado; armado con esa herramienta, intentó aflojar los ladrillos que sostenían la reja. Trabajó en eso mucho tiempo. El gallo cantó por segunda vez, pero la reja aún resistía. Finalmente, aflojó un lado; luego metió la tabla debajo del extremo aflojado y presionó con todas sus fuerzas. La reja cedió por completo, pero en ese momento uno de los ladrillos cayó pesadamente. El ruido pudo haber sido oído por el centinela. Vasily se quedó inmóvil. Pero reinó el silencio. Salió por la ventana. Su camino de escape era trepar la pared. Había una caseta en la esquina del patio. Tenía que alcanzar su techo y pasar de allí a la cima del muro. Pero no podría alcanzar el techo sin la ayuda de la tabla, así que tuvo que volver por la ventana del sótano para buscarla. Un momento después, salió por la ventana con la tabla en las manos; se quedó quieto un rato escuchando los pasos del centinela. Sus expectativas se confirmaron. El centinela caminaba de un lado a otro del patio. Vasily se acercó a la caseta, apoyó la tabla contra ella y comenzó a trepar. La tabla se resbaló y cayó al suelo. Vasily tenía los calcetines puestos; se los quitó para poder agarrarse con los pies descalzos al bajar. Luego apoyó la tabla de nuevo contra la caseta y agarró la tubería de agua con las manos. ¡Si tan solo esta vez la tabla aguantara! Un movimiento rápido por la tubería y su rodilla descansó en el techo. El centinela se acercaba. Vasily se

quedó inmóvil. El centinela no lo notó y pasó de largo. Vasily se levantó de un salto; el techo de hierro crujió bajo él. Otro paso o dos y llegaría al muro. Ahora podía tocarlo con la mano. Se inclinó hacia adelante con una mano, luego con la otra, estiró su cuerpo lo más que pudo y se encontró en la pared. Solo para no romperse las piernas al saltar, Vasily se dio la vuelta, quedó colgado en el aire con las manos, se estiró, soltó el agarre de una mano y luego de la otra. "¡Ayúdame, Dios!" Estaba en el suelo. Y el suelo era blando. Sus piernas no se lastimaron, y corrió a toda velocidad. En un suburbio, Malania abrió su puerta y él se deslizó bajo su cálida cobija, hecha de pequeños trozos de diferentes colores cosidos juntos.

X

La esposa de Peter Nikolaevich Sventizky, una mujer alta y hermosa, tan tranquila y lustrosa como una novilla bien alimentada, había visto desde su ventana cómo su esposo había sido asesinado y arrastrado al campo. El horror de tal visión para Natalia Ivanovna fue tan intenso--¿cómo podría ser de otra manera?--que todos sus otros sentimientos desaparecieron. No bien la multitud desapareció de la vista detrás de la cerca del jardín y las voces se apagaron; no bien Malania, su sirvienta, corrió con los ojos desorbitados, anunciando con una voz más apropiada para proclamar buenas nuevas que Peter Nikolaevich había sido asesinado y arrojado al barranco, que Natalia Ivanovna sintió que detrás de su primera sensación de horror había otra sensación; una sensación de alegría por su liberación del tirano, que durante los diecinueve años de su vida matrimonial la había hecho trabajar sin un momento de descanso. Su alegría la horrorizó; no lo confesó ni a sí misma, pero lo ocultó aún más de los que la

rodeaban. Cuando su cuerpo mutilado, amarillo y peludo estaba siendo lavado y puesto en el ataúd, ella lloraba con horror, sollozaba y gimoteaba. Cuando el forense--un forense especial para casos graves--vino y estaba tomando su declaración, notó en la habitación donde se llevaba a cabo la investigación a dos campesinos con grilletas, acusados como los principales culpables. Uno de ellos era un anciano con una barba blanca y rizada, y un semblante sereno y severo. El otro era bastante joven, de tipo gitano, con ojos brillantes y cabello rizado y desordenado. Ella declaró que eran los dos hombres que primero habían agarrado las manos de Peter Nikolaevich. A pesar de que el campesino de aspecto gitano la miraba con sus ojos brillando desde debajo de sus cejas moviéndose, y decía con reproche: "Es un gran pecado, señora. ¡Recuerde su hora de muerte!"--a pesar de eso, ella no se sintió en absoluto apenada por ellos. Por el contrario, comenzó a odiarlos durante la investigación, y deseaba desesperadamente vengarse de los asesinos de su esposo.

Un mes después, después de que el caso, que fue enviado a juicio por corte marcial, terminó con ocho hombres condenados a trabajos forzados, y dos--el anciano de la barba blanca y el joven gitano, como ella lo llamaba--condenados a ser ahorcados, Natalia se sintió vagamente intranquila. Pero las dudas desagradables pronto desaparecen bajo la solemnidad de un juicio. Dado que tales altas autoridades consideraron que esto era lo correcto, debía serlo.

La ejecución debía tener lugar en el propio pueblo. Un domingo, Malania llegó a casa de la iglesia con su vestido nuevo y sus botas nuevas, y anunció a su ama que se estaban erigiendo las horcas y que se esperaba al verdugo de Moscú el miércoles. También anunció que las familias de los condenados estaban furiosas y que sus gritos se podían escuchar por todo el pueblo.

Natalia Ivanovna no salió de su casa; no quería ver las horcas y a la gente del pueblo; solo quería que lo que debía suceder terminara rápidamente. Solo consideraba sus propios sentimientos y no le importaban los condenados y sus familias.

El martes, el alguacil del pueblo visitó a Natalia Ivanovna. Era un amigo, y ella le ofreció vodka y hongos en conserva de su propia preparación. El alguacil, después de comer un poco, le dijo que la ejecución no se llevaría a cabo al día siguiente.

"¿Por qué?"

"Ha sucedido algo muy extraño. No se encuentra un verdugo. Tenían uno en Moscú, me dijo mi hijo, pero ha estado leyendo mucho los Evangelios y dice: 'No cometeré un asesinato.' Él mismo había sido sentenciado a trabajos forzados por haber cometido un asesinato, y ahora se niega a colgar cuando la ley se lo ordena. Le amenazaron con azotes. 'Pueden azotarme,' dijo, 'pero no lo haré.'"

Natalia Ivanovna se puso roja y acalorada al pensar en lo que de repente se le ocurrió.

"¿No se podría ahora conmutar la sentencia de muerte?"

"¿Cómo, si los jueces ya la han dictado? Solo el zar tiene el derecho de amnistía."

"¿Pero cómo lo sabría?"

"Tienen derecho a apelar a él."

"Pero es por mi causa que van a morir," dijo esa mujer estúpida, Natalia Ivanovna. "Y yo los perdono."

El alguacil se rió. "Bueno, envía una petición al zar."

"¿Puedo hacerlo?"

"Por supuesto que puedes."

"¿Pero no es demasiado tarde?"

"Envíala por telegrama."

"¿Al zar mismo?"

"Al zar, si quieres."

La historia del verdugo que se había negado a hacer su deber, y prefería recibir los azotes en su lugar, cambió de repente el alma de

Natalia Ivanovna. La compasión y el horror que sintió en el momento en que escuchó que los campesinos habían sido sentenciados a muerte no pudieron ser sofocados ahora, sino que llenaron toda su alma.

"Filip Vasilievich, amigo mío. Escribe ese telegrama por mí. Quiero apelar al zar para pedir su perdón."

El alguacil sacudió la cabeza. "Me pregunto si eso no nos metería en problemas."

"Lo hago bajo mi propia responsabilidad. No mencionaré tu nombre."

"Qué mujer tan bondadosa," pensó el alguacil. "Muy bondadosa, seguro. Si mi esposa tuviera un corazón así, nuestra vida sería un paraíso, en lugar de lo que es ahora." Y escribió el telegrama: "A su Majestad Imperial, el Emperador. La leal súbdita de su Majestad, la viuda de Peter Nikolaevich Sventizky, asesinado por los campesinos, se postra a los sagrados pies (esta frase, cuando la escribió, agradó al alguacil más que todas) de su Majestad Imperial, e implora que conceda una amnistía a los campesinos tal y tal, de tal provincia, distrito y pueblo, que han sido condenados a muerte."

El telegrama fue enviado por el propio alguacil, y Natalia Ivanovna se sintió aliviada y feliz. Tenía la sensación de que, ya que ella, la viuda del hombre asesinado, había perdonado a los asesinos y estaba solicitando una amnistía, el zar no podría posiblemente negársela.

XI

Lisa Eropkin vivía en un estado de continua excitación. Cuanto más vivía una vida cristiana verdadera, tal como se le había revelado, más convencida estaba de que era el camino correcto, y su corazón estaba lleno de alegría.

Tenía dos objetivos inmediatos. Uno era convertir a Mahin; o, como ella misma lo decía, despertar su verdadera naturaleza, que era buena y amable. Lo amaba, y la luz de su amor revelaba el elemento divino en su alma que está en el fondo de todas las almas. Pero, además, veía en él un corazón excepcionalmente amable y tierno, así como una mente noble. Su otro objetivo era abandonar sus riquezas. Al principio pensó en dar lo que poseía para poner a prueba a Mahin; pero después quería hacerlo por su propio bien, por el bien de su propia alma. Comenzó simplemente dando dinero a quien lo necesitara. Pero su padre detuvo eso; además, ella sentía disgusto por la multitud de suplicantes que la acosaban personalmente y por cartas, pidiendo dinero. Entonces decidió acudir a un anciano, conocido por su vida santa, y darle su dinero para que lo dispusiera de la mejor manera. Su padre se enojó cuando se enteró. Durante una violenta discusión, la llamó loca, una lunática, y dijo que tomaría medidas para evitar que se hiciera daño a sí misma.

La irritación de su padre resultó contagiosa. Perdiendo todo control sobre sí misma, y sollozando de rabia, se comportó con la mayor impertinencia hacia su padre, llamándolo tirano y avaro.

Luego le pidió perdón. Él dijo que no le importaban sus palabras; pero ella vio claramente que estaba ofendido, y en su corazón no la perdonaba. No se sentía inclinada a contarle a Mahin sobre su pelea con su padre; en cuanto a su hermana, era muy fría con Lisa, porque estaba celosa del amor de Mahin por ella.

"Debo confesarme con Dios," se dijo a sí misma. Como todo esto ocurrió durante la Cuaresma, decidió ayunar en preparación para la comunión y revelar todos sus pensamientos al confesor, pidiéndole consejo sobre lo que debía decidir para el futuro.

A poca distancia de su ciudad había un monasterio donde vivía un monje anciano que había ganado una gran reputación por su vida santa, por sus sermones y profecías, así como por las curas milagrosas que se le atribuían.

El monje había recibido una carta del padre de Lisa anunciando la visita de su hija y explicando en qué estado de excitación se encontraba la joven. También expresaba la esperanza en esa carta de que el monje la influenciaría de la manera correcta, instándola a no apartarse del término medio y a vivir como una buena cristiana sin tratar de alterar las condiciones presentes de su vida.

El monje recibió a Lisa después de haber visto a muchas otras personas, y estando muy cansado, comenzó recomendándole tranquilamente que fuera modesta y que se sometiera a sus condiciones de vida actuales y a sus padres. Lisa escuchó en silencio, sonrojándose y ruborizándose de emoción. Cuando terminó de amonestarla, ella comenzó a decir con lágrimas en los ojos, tímidamente al principio, que Cristo nos mandó dejar a padre y madre para seguirlo. Cada vez más emocionada, le contó su concepción de Cristo. El monje sonrió levemente y respondió como generalmente lo hacía al amonestar a sus penitentes; pero después de un rato permaneció en silencio, repitiendo con grandes suspiros, "¡Oh, Dios!" Luego dijo, "Bueno, ven a confesarte mañana," y la bendijo con sus manos arrugadas.

Al día siguiente, Lisa fue a confesarse, y sin renovar su conversación interrumpida, él la absolvió y se negó a disponer de su fortuna, sin dar razones para hacerlo.

La pureza de Lisa, su devoción a Dios y su alma ardiente impresionaron profundamente al monje. Hacía mucho tiempo que deseaba renunciar al mundo por completo; pero la hermandad, que

obtenía grandes ingresos de su trabajo como predicador, insistía en que continuara con su actividad. Cedió, aunque tenía una vaga sensación de que estaba en una posición falsa. Se rumoreaba que era un santo hacedor de milagros, mientras que en realidad era un hombre débil, orgulloso de su éxito en el mundo. Cuando el alma de Lisa se le reveló, vio claramente en su propia alma. Descubrió cuán diferente era de lo que quería ser, y realizó el deseo de su corazón.

Poco después de la visita de Lisa, se fue a vivir en una celda separada como ermitaño, y durante tres semanas no ofició nuevamente en la iglesia del monasterio. Después de la celebración de la misa, predicó un sermón denunciando sus propios pecados y los del mundo, e instando a todos a arrepentirse.

Desde ese día predicó cada quince días, y sus sermones atrajeron audiencias cada vez mayores. Su fama como predicador se extendió. Sus sermones eran extraordinariamente valientes y sinceros, y profundamente impresionaron a todos los que lo escucharon.

XII

Vasily estaba llevando a cabo el propósito que tenía al escapar de la prisión. Con la ayuda de unos amigos, irrumpió en la casa del rico comerciante Krasnopuzov, a quien conocía por ser un avaro y un depravado. Vasily sacó treinta mil rublos de su escritorio y comenzó a disponer de ellos como consideraba correcto. Incluso dejó de beber, para no gastar ese dinero en sí mismo, sino para distribuirlo entre los pobres; ayudando a chicas pobres a casarse; pagando las deudas de las personas, y haciendo todo esto sin revelarse nunca a aquellos a quienes ayudaba; su único deseo era distribuir su dinero

de la manera correcta. Como también daba sobornos a la policía, lo dejaron en paz durante mucho tiempo.

Su corazón cantaba de alegría. Cuando finalmente fue arrestado y llevado a juicio, confesó con orgullo que había robado al gordo comerciante. "El dinero", dijo, "estaba ocioso en el escritorio de ese tonto, y ni siquiera sabía cuánto tenía, mientras que yo lo he puesto en circulación y he ayudado a mucha gente buena".

El abogado defensor habló con tan buen humor y amabilidad que el jurado se sintió inclinado a absolver a Vasily, pero lo condenaron, sin embargo, a confinamiento en prisión. Agradeció al jurado y les aseguró que encontraría la manera de salir de la prisión en poco tiempo.

XIII

El telegrama de Natalia Ivanovna Sventizky resultó inútil. El comité designado para tratar las peticiones en nombre del Emperador decidió ni siquiera informar al Zar. Pero un día, cuando se discutía el caso Sventizky en la mesa del almuerzo del Emperador, el presidente del comité, que estaba presente, mencionó el telegrama que había recibido de la viuda de Sventizky.

"C'est très gentil de sa part," dijo una de las damas de la familia imperial.

El Emperador suspiró, se encogió de hombros, adornado con charreteras. "La ley," dijo; y levantó su copa para que el ujier le sirviera algo de Mosela.

Todos los presentes fingieron admirar la sabiduría de las palabras del soberano. No hubo más preguntas sobre el telegrama. Los dos campesinos, el anciano y el joven, fueron ahorcados por un verdugo tártaro de Kazán, un cruel convicto y asesino.

La esposa del anciano quería vestir el cuerpo de su esposo con una camisa blanca, con bandas blancas que sirven como calcetines y botas nuevas, pero no se lo permitieron. Los dos hombres fueron enterrados juntos en la misma fosa fuera del muro del cementerio.

"La princesa Sofía Vladimirovna me dice que es un predicador muy notable," comentó la vieja Emperatriz, la madre del Emperador, un día a su hijo: "Faites-le venir. Il peut prêcher à la cathédrale."

"No, sería mejor en la iglesia del palacio," dijo el Emperador, y ordenó que invitaran al ermitaño Isidor.

Todos los generales y otros altos funcionarios se reunieron en la iglesia del palacio imperial; era un evento escuchar al famoso predicador.

Apareció un hombre delgado y canoso, miró a los presentes y dijo: "En el nombre de Dios, el Hijo y el Espíritu Santo," y comenzó a hablar.

Al principio todo fue bien, pero cuanto más hablaba, peor se ponía. "Il devient de plus en plus agressif," como dijo la Emperatriz después. Fulminó contra todos. Habló sobre las ejecuciones y acusó al gobierno de haber hecho tantas necesarias. ¿Cómo puede el gobierno de un país cristiano matar a hombres?

Todos se miraban unos a otros, pensando en lo de mal gusto que era el sermón, y lo desagradable que debía ser para el Emperador escucharlo; pero nadie expresó estos pensamientos en voz alta.

Cuando Isidor dijo "Amén", el metropolitano se acercó y le pidió que lo visitara.

Después de hablar con el metropolitano y con el fiscal general, Isidor fue inmediatamente enviado a un monasterio, no al suyo, sino

a uno en Suzdal, que tenía una prisión adjunta; el prior de ese monasterio era ahora el Padre Missael.

XIV

Todos intentaron actuar como si el sermón de Isidor no contuviera nada desagradable y nadie lo mencionó. Al Zar le pareció que las palabras del ermitaño no habían dejado ninguna impresión en él; pero una o dos veces durante ese día se sorprendió pensando en los dos campesinos que habían sido ahorcados y en la viuda de Sventizky que había pedido una amnistía para ellos. Ese día el Emperador tuvo que estar presente en un desfile; después salió a dar un paseo; luego tuvo una recepción de ministros, luego la cena, y después de la cena el teatro. Como de costumbre, el Zar se quedó dormido en el momento en que su cabeza tocó la almohada. En la noche, una horrible pesadilla lo despertó: vio horcas en un gran campo y cuerpos colgando de ellas; las lenguas de los cadáveres sobresalían y sus cuerpos se movían y temblaban. Y alguien gritaba: "¡Eres tú, tú quien lo has hecho!" El Zar se despertó bañado en sudor y comenzó a pensar. Era la primera vez que pensaba en las responsabilidades que pesaban sobre él, y las palabras del viejo Isidor volvieron a su mente...

Pero solo vagamente podía verse a sí mismo como un mero ser humano, y no podía considerar sus meros deseos y deberes humanos, debido a todo lo que se requería de él como Zar. En cuanto a reconocer que los deberes humanos eran más obligatorios que los de un Zar, no tenía la fuerza para eso.

XV

Después de cumplir su segunda condena en prisión, Prokofy, que anteriormente había trabajado en la finca Sventizky, ya no era el tipo enérgico, ambicioso y bien vestido que había sido. Parecía, por el contrario, un completo desastre. Cuando estaba sobrio, se sentaba ocioso y se negaba a trabajar, por mucho que su padre lo regañara; además, siempre estaba buscando algo que llevar en secreto a la taberna para beber. Cuando llegaba a casa, seguía sentado sin hacer nada, tosiendo y escupiendo todo el tiempo. El médico al que acudió le examinó el pecho y sacudió la cabeza.

"Tú, amigo, deberías tener muchas cosas que no tienes."

"Eso suele ser el caso, ¿no?"

"Toma mucha leche y no fumes."

"Estos son días de ayuno, y además no tenemos vaca."

Una vez en primavera no pudo dormir; ansiaba una bebida. No había nada en la casa que pudiera llevar a la taberna. Se puso la gorra y salió. Caminó por la calle hasta la casa donde vivían el sacerdote y el diácono juntos. La grada del diácono estaba afuera apoyada contra el seto. Prokofy se acercó, tomó la grada sobre su hombro y caminó hacia una taberna regentada por una mujer, Petrovna. Podría darle una pequeña botella de vodka por ella. Pero apenas había dado unos pasos cuando el diácono salió de su casa. Ya estaba amaneciendo, y vio que Prokofy se llevaba su grada.

"¡Eh, qué es eso?" gritó el diácono.

Los vecinos salieron corriendo de sus casas. Prokofy fue apresado, llevado a la comisaría y luego sentenciado a once meses de prisión. Era otoño, y Prokofy tuvo que ser trasladado al hospital de la prisión. Tosía mucho; su pecho se agitaba por el esfuerzo; y no podía

calentarse. Los que eran más fuertes se las arreglaban para no temblar; Prokofy, por el contrario, temblaba día y noche, ya que el superintendente no encendería los fuegos en el hospital hasta noviembre, para ahorrar gastos.

Prokofy sufría mucho en cuerpo y alma. Estaba disgustado con su entorno y odiaba a todos: al diácono, al superintendente que no encendía los fuegos, al guardia y al hombre que estaba acostado en la cama a su lado, y que tenía un labio rojo hinchado. También comenzó a odiar al nuevo convicto que fue llevado al hospital. Este convicto era Stepan. Sufría de una enfermedad en la cabeza y fue trasladado al hospital y puesto en una cama al lado de Prokofy. Después de un tiempo, ese odio hacia Stepan cambió, y Prokofy, por el contrario, llegó a apreciarlo mucho; le encantaba hablar con él. Solo después de hablar con Stepan su angustia cesaba por un tiempo. Stepan siempre contaba a todos los que conocía sobre su último asesinato y cómo lo había impresionado.

"Lejos de gritar o algo por el estilo," le dijo a Prokofy, "ella no se movió. '¡Máteme! Aquí estoy,' dijo. 'Pero no es mi alma la que destruyes, es la tuya.'"

"Bueno, por supuesto, es muy terrible matar. Un día tuve que sacrificar una oveja, e incluso eso me volvió medio loco. No he destruido ninguna alma viviente; entonces, ¿por qué esos villanos me matan a mí? No he hecho daño a nadie..."

"Eso se tomará en cuenta."

"¿Por quién?"

"Por Dios, claro."

"No he visto nada aún que demuestre que Dios existe, y no creo en Él, hermano. Creo que cuando un hombre muere, la hierba crecerá sobre el lugar, y eso es todo."

"Estás equivocado al pensar así. He asesinado a tantas personas, mientras que ella, pobre alma, estaba ayudando a todos. ¿Y crees que ella y yo tendremos el mismo destino? Oh no. Solo espera."

"Entonces, ¿crees que el alma sigue viva después de que un hombre muere?"

"Claro que sí; verdaderamente vive."

Prokofy sufrió mucho cuando la muerte se acercaba. Apenas podía respirar. Pero en la última hora se sintió repentinamente aliviado de todo dolor. Llamó a Stepan. "Adiós, hermano," dijo. "La muerte ha llegado, veo. Antes le tenía mucho miedo. Y ahora no me importa. Solo deseo que llegue más rápido."

XVI

Mientras tanto, los asuntos de Eugene Mihailovich habían empeorado cada vez más. El negocio estaba muy flojo. Había una nueva tienda en la ciudad; estaba perdiendo a sus clientes, y había que pagar los intereses. Volvió a pedir prestado a interés. Finalmente, su tienda y sus bienes iban a ser subastados. Eugene Mihailovich y su esposa recurrieron a todos los conocidos que tenían, pero no pudieron reunir los cuatrocientos rublos que necesitaban para salvar la tienda en ninguna parte.

Tenían alguna esperanza en el comerciante Krasnopuzov, ya que la esposa de Eugene Mihailovich tenía buena relación con la amante de este. Pero llegó la noticia de que Krasnopuzov había sido robado de una enorme suma de dinero. Algunos decían que era medio millón de rublos. "¿Y sabes quién se dice que es el ladrón?" dijo Eugene Mihailovich a su esposa. "Vasily, nuestro antiguo portero. Dicen que está derrochando el dinero, y la policía está sobornada por él."

"Sabía que era un villano. ¿Recuerdas cómo no le importaba perjurarse? Pero no esperaba que llegara tan lejos."

"Escuché que recientemente estuvo en el patio de nuestra casa. La cocinera dice que está segura de que era él. Me dijo que ayuda a chicas pobres a casarse."

"Siempre inventan historias. No lo creo."

En ese momento, un hombre extraño, mal vestido, entró en la tienda.

"¿Qué quiere?"

"Aquí tiene una carta para usted."

"¿De quién?"

"Lo verá usted mismo."

"¿No necesita una respuesta? Espere un momento."

"No puedo." El hombre extraño entregó la carta y desapareció.

"¡Qué extraordinario!" dijo Eugene Mihailovich, y rasgó el sobre. Para su gran asombro, varios billetes de rublos cayeron. "¡Cuatrocientos rublos!" exclamó, sin creer en sus ojos. "¿Qué significa esto?"

El sobre también contenía una carta mal escrita, dirigida a Eugene Mihailovich. "Se dice en los Evangelios," decía la carta, "haz el bien por el mal. Me has hecho mucho daño; y en el caso del cupón me hiciste perjudicar mucho a los campesinos. Pero tengo compasión por ti. Aquí tienes cuatrocientos rublos. Tómalos, y recuerda a tu portero Vasily."

"Muy extraordinario," dijo Eugene Mihailovich a su esposa y a sí mismo. Y cada vez que recordaba ese incidente, o hablaba de ello con su esposa, las lágrimas brotaban de sus ojos.

XVII

Catorce sacerdotes estaban encarcelados en la prisión del monasterio de Suzdal, principalmente por haber sido infieles a la fe ortodoxa. Isidor también había sido enviado a ese lugar. El padre Missael lo recibió según las instrucciones que le habían dado y, sin hablar con él, ordenó que lo pusieran en una celda separada como un criminal serio. Después de quince días, el padre Missael, haciendo una ronda por la prisión, entró en la celda de Isidor y le preguntó si había algo que deseara.

"Hay muchas cosas que deseo," respondió Isidor; "pero no puedo decírtelo en presencia de nadie más. Déjame hablar contigo en privado."

Se miraron el uno al otro, y Missael vio que no tenía nada que temer al quedarse solo con Isidor. Ordenó que llevaran a Isidor a su propia habitación, y cuando estuvieron solos, dijo: "Bueno, ahora puedes hablar."

Isidor se arrodilló.

"Hermano," dijo Isidor. "¡Qué te estás haciendo a ti mismo! Ten piedad de tu propia alma. Eres el peor villano del mundo. Has ofendido todo lo sagrado..."

Un mes después, Missael envió un informe pidiendo que liberaran a Isidor, ya que se había arrepentido, y también pidió la liberación del resto de los prisioneros. Después de esto, renunció a su puesto.

XVIII

Han pasado diez años. Mitia Smokovnikov había terminado sus estudios en la Escuela Técnica; ahora era ingeniero en las minas de oro en Siberia y estaba muy bien pagado. Un día estaba a punto de hacer una ronda en el distrito. El gobernador le ofreció un convicto, Stepan Pelageushkine, para que lo acompañara en su viaje.

"¿Un convicto, dices? ¿Pero no es peligroso?"

"No si es este. Es un hombre santo. Puedes preguntarle a cualquiera, todos te lo dirán."

"¿Por qué lo han enviado aquí?"

El gobernador sonrió. "Había cometido seis asesinatos, y aún así es un hombre santo. Te lo garantizo."

Mitia Smokovnikov llevó a Stepan, ahora un hombre calvo, delgado y bronceado, con él en su viaje. En el camino, Stepan cuidó de Smokovnikov, como si fuera su propio hijo, y le contó su historia; le contó por qué había sido enviado allí y qué llenaba ahora su vida.

Y, extraño decirlo, Mitia Smokovnikov, que hasta entonces pasaba su tiempo bebiendo, comiendo y jugando, comenzó por primera vez a meditar sobre la vida. Estos pensamientos nunca lo abandonaron y produjeron un cambio completo en sus hábitos. Después de un tiempo le ofrecieron una posición muy ventajosa. La rechazó y decidió comprar una finca con el dinero que tenía, casarse y dedicarse a los campesinos, ayudándolos tanto como pudiera.

XIX

Llevó a cabo sus intenciones. Pero antes de retirarse a su finca, visitó a su padre, con quien había estado en malos términos, y quien se había separado con su nueva familia. Mitia Smokovnikov quería reconciliarse. Al principio, el anciano se sorprendió y se rió del cambio que notó en su hijo; pero después de un tiempo dejó de criticarlo y pensó en las muchas veces que él había sido el culpable.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [El cupón falso - León Tolstói](#)

2. [El cupón falso](#)

3. [León Tolstói](#)

4. [Parte I](#)

1. [I](#)

2. [II](#)

3. [III](#)

4. [IV](#)

5. [V](#)

6. [VI](#)

7. [VII](#)

8. [VIII](#)

9. [IX](#)

10. [X](#)

11. [XI](#)

12. [XII](#)

13. [XIII](#)

14. [XIV](#)

15. [XV](#)

16. [XVI](#)

17. [XVII](#)

18. [XVIII](#)

19. [XIX](#)

20. [XX](#)

21. [XXI](#)

22. [XXII](#)

23. [XXIII](#)

5. [Parte II](#)

1. [I](#)

2. [II](#)

3. [III](#)

4. [IV](#)

5. [V](#)

6. [VI](#)

7. [VII](#)

8. [VIII](#)
9. [IX](#)
10. [X](#)
11. [XI](#)
12. [XII](#)
13. [XIII](#)
14. [XIV](#)
15. [XV](#)
16. [XVI](#)
17. [XVII](#)
18. [XVIII](#)
19. [XIX](#)

HITOS

1. [Portada](#)